

Especial Arcadio Ortega



Gallo de Cristal

del Grupo de Estudios Flamencos
de la Universidad de Granada

Extramuros

Revista literaria

Número Cuarenta y cinco

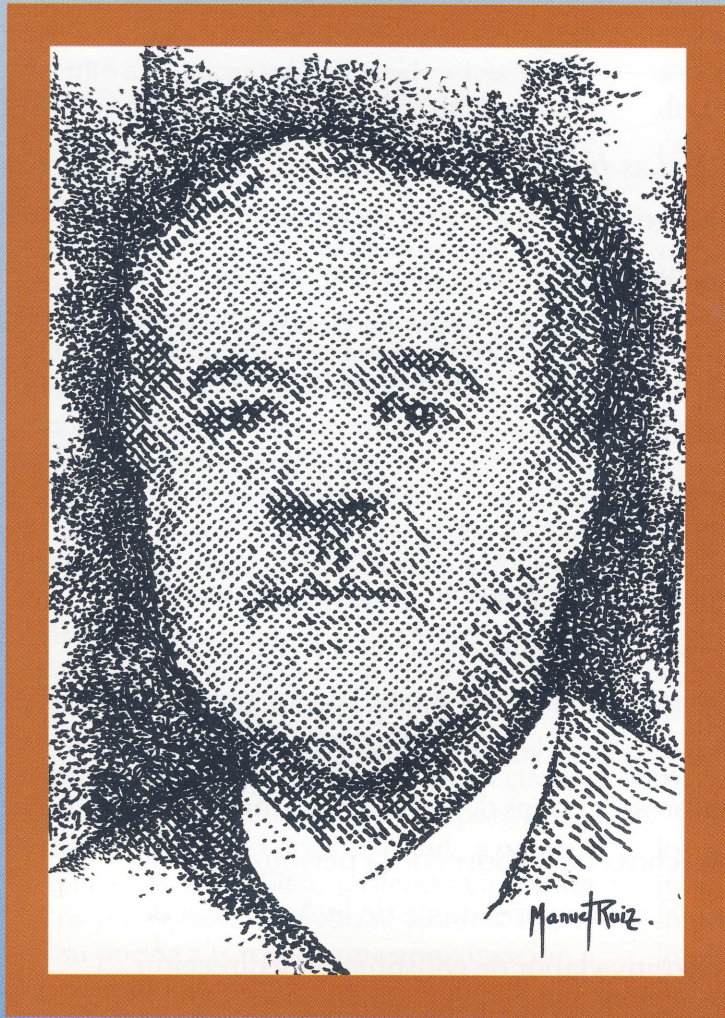
AÑO XIV
2ª ÉPOCA
MAYO-2010

NO NO //
2010

Hamburga 61

M A Y O - 2 0 1 0

Extramuros **E**special



Las Buenas Letras
de Arcadio Ortega
Arcadio Ortega

Con el presente título general de *Las buenas letras de Arcadio Ortega*, letras que no son sino resultado del diálogo en clave literaria de un hombre con su tiempo, *Extramuros* dedica las páginas centrales del presente número a la figura y obra del escritor granadino Arcadio Ortega, quien ha desarrollado su creación literaria tanto por la vía de la poesía como por la de la narración, sin que falte una sostenida labor ensayística expresada preferentemente durante años por la vía del periodismo literario.

Estas páginas, coordinadas y redactadas por Antonio Chicharro, cuentan, además de con un artículo general suyo sobre la plural obra de nuestro escritor granadino, con una muestra de fragmentos de críticas recibidas por parte de algunas de sus obras, con una breve antología de sus textos, así como con unas semblanzas del escritor debidas a escritores y críticos de nuestro entorno granadino, grandes lectores de su obra y estrechos conocedores de la personalidad de quien durante más de seis años ha sido el primer presidente de la Academia de Buenas Letras de Granada, cuya muy positiva labor de constitución y dirección no pasa desapercibida para ninguno de los colaboradores de estas páginas. Se incluyen finalmente una cronología y una bibliografía esencial del escritor.

Para decir Amor, o Soledades

Aproximación a la obra literaria de Arcadio Ortega

Antonio Chicharro

La obra poética

Cuando en el año 2004 Arcadio Ortega se decidió a publicar una suerte de adelantadas poesías completas con el título de *Áncora del tiempo (Poesía, 1970-2000)*, puso a los doce libros allí reunidos unas palabras de presentación para que el lector supiera de antemano lo que allí se contenía y el sentido general que para él como autor tenía el conjunto –hasta entonces, pues después publicaría dos nuevos libros de poesía, *Existir en las horas* (2005) y *La hora del té* (2007)– de su obra poética. Ahora bien, esa presentación no sólo informa acerca de unos libros de poesía, sino que permite adivinar los rasgos de una personalidad creadora, además de esas ciertas claves de su concepción del fenómeno de la creación poética. El conocimiento de estos aspectos no es menor. Es más, creo que resulta imprescindible para un buen número de lectores –pienso en lectores expertos sobre todo–, si es que éstos quieren no sólo leer para sí, sino que elaboran su lectura teniendo presentes ciertas reglas de juego que han guiado la creación, pues no en balde toda obra artística responde a un acto intencional. Pues bien, teniendo en cuenta estos presupuestos, invito al lector a entrar en su poesía a través de una aproximación a ese libro de libros.

El muy hermoso título de esta apretada gavilla de esos siempre hijos únicos que son los poemas, *Áncora del tiempo*, está tomado precisamente de uno de los poemas de su segundo libro, *Casta de soledad*, donde el sujeto poemático –ese yo verbal que se mueve en el escenario del poema para decir la verdad de su ficción y del que el poeta palpa sus límites en “Inevitablemente distinto”, de *El fondo del espejo*– se siente anclado a la sombra de sí mismo entre preguntas y recuerdos, sin viento para las alas que le ayude a emprender

su vuelo. Pero, según creo, este título invita a una interpretación más ancha, pues de hecho sugiere que los poemas son los elementos que a su modo sujetan en su materialidad el fluir del tiempo, que el poeta define como la forma cancerosa de la muerte en uno de sus versos, el transcurrir de la vida que se va perdiendo como desaparece el agua entre nuestras manos. Así pues, este libro ofrece a los lectores las solas y quietas anclas de los poemas que guardan en la red de sus signos verbales el transcurrir de una vida y su sueño. Se trata de más de doscientos cincuenta poemas que, escritos en clave de sinceridad, son fruto de un tiempo presente vivido por su autor como cruce de un pasado y de un futuro siempre incierto. En fin, se trata de más de doscientos cincuenta y cuatro poemas rescatados del fuego de los días sucesivos y de su sueño, nacidos de los paradójicos sentimientos de plenitud y de vacío en los que andamos instalados y para siempre los seres humanos capaces de no desviar la mirada del fondo del espejo. Y no otra cosa es un poeta.

Esto explica que su autor haya dejado los poemas tal como fueron escritos en su momento. No ha querido modificarlos ni intervenir sobre ellos. Son para él signo de lo que ha tenido vida y para nosotros, los lectores, ocasión de provocar su vivificación y sentir unas determinadas experiencias estéticas. Aquí radica la grandeza de los artefactos literarios. Por otra parte, esta actitud resulta bien elocuente de cuál puede ser su poética y de cuál es la actitud que mantiene con respecto a la vida literaria. Como uno de sus maestros, Antonio Machado, al que le dedica un emocionado soneto en *A nuestros poetas muertos*, nuestro poeta nunca persiguió la gloria. Tal vez sí dejar en la memoria de los hombres que así lo quieran su canción. Así lo reconoce con franqueza en uno de los

párrafos de su presentación: “Son poemas, por hijos de su tiempo, intocables y auténticos. Por eso, serían otros, ya todos tan distintos, si adaptara su estampa a este instante en que, incluso, es dispar el hombre que ahora habla (...) son hitos de continua nostalgia, presentes en la niebla que se eleva y me cubre –dice Arcadio Ortega– cuando pronuncio amor, cuando hablo del tiempo, de la muerte o de fríos o de la vez aquella en que amé los suicidios como una salvación que estaba entre las rosas, muy cercana a la mano”.

Se trata, pues, de una poesía diurna y esclarecedora que evita consecuentemente todo hermetismo y se instala en el centro de los días, en lo que pasa y no pasa de una vida, ya oteando la brisa de Dios ya cantando su dulce y verdadero amor.

Su afirmación no puede quedar más clara como muy claras quedan expuestas las principales líneas temáticas que se desarrollan en sus textos poéticos: el amor, el tiempo, la muerte y el frío que no pocas veces abraza toda existencia. De eso y no de otra cosa habla, con sus respectivas modulaciones, su poesía a lo largo y ancho de tres décadas, esto es, una vida entera que se debate entre el placer y la muerte; una vida entera para cantar al amor y a la muerte, a *eros* y a *tánatos*, los elementos que conforman la irresuelta ecuación de la vida de los hombres y el motor de nuestra existencia a través de las múltiples caras en que se manifiestan tales elementos nuclea-

res: el amor-amistad y el amor carnal frente al desamor, la plenitud de sentirse vivo y la experiencia de la finitud, el placer más hondo y la más honda angustia vital a un tiempo y la alegría y la pena.

Dicho esto ¿cómo caracterizar en unos cuantos rasgos definitorios la poesía de Arcadio Ortega sin caer por ello en una devaluación de la unicidad artística que es todo poema? Aunque esta tarea tiene sus riesgos, como queda dicho, y nos orienta a una simplificación, merece la pena hacerlo con objeto de que el lector interesado se haga una idea de la misma. Pues bien, para empezar diré que esta obra poética es obra de madurez –el poeta nace a la poesía en Sevilla, en 1970, en un momento relativamente tardío de su vida– que se instala en la inmediata tradición de los poetas del medio siglo con la conciencia de vivir un renovador tiempo en todos los órdenes de la vida. Se trata de una poesía con la que su autor ya indaga fuera o mira introspectivamente en su mundo, lo que explica la abundante presencia de poemas que podemos llamar de la conciencia. Se trata, pues, de una poesía diurna y esclarecedora que evita consecuentemente todo hermetismo y se instala en el centro de los días, en lo que pasa y no pasa de una vida, ya oteando la brisa de Dios ya cantando su dulce y verdadero amor –el poeta pone nombres y adjetivos a la gloria de su único y gran amor– ya denunciando la farsa de la vida humana ya defendiendo su verdad y belleza ya uniendo en unos mismos versos el sentimiento de plenitud y la conciencia de la muerte ya mirándose fijamente en el espejo de la inmensidad del mar ya poniéndose inquisitivo y existencial ya vistiendo de luto las palabras cuando habla de poetas que nos dejaron ya llenando sus poemas de versos otoñales y nostálgicos o mirando con ellos un ocaso en Granada, la ciudad que ha marcado, y para siempre, su existencia y que pondrá en el título de tres de sus libros. Se trata –y el poeta tiene clara conciencia de ello, tal como se desprende de la cita ya expuesta– de poemas de amor, del tiempo, de la muerte y del frío que no pocas veces abraza toda existencia.

Por lo que respecta a algunos aspectos de su uso poético de la lengua y, en ella, de las autoimpuestas formas métricas y estructuras rítmicas que condicionan la factura de todo

poema, nuestro poeta hace un eficaz y abundante uso del versolibrismo de nuestro tiempo que alterna con los sonetos y ciertas estrofas de cuatro versos, entre otros metros. Prefiere los versos de larga factura por ser aptos a una poesía esencialmente meditativa que deriva en un discurso en el que se concitan a un tiempo un hondo lirismo y un modo que se quiere narrativo –sobre todo en sus últimos libros, en los que la disposición gráfica de los poemas, en sus respectivas partes en cursiva y en redonda, nos induce a considerarlo así–, siendo éste uno de los rasgos más originales de esta poesía. Esto explica la presencia de determinadas voces en sus poemas y no sólo la dominante del sujeto poemático, trasunto del poeta, estando incluso presente en no pocas veces el lector como tal personaje poético, un modo de tender la trampa verbal que concluirá en lo que es un proceso de lectura basado en la identificación.

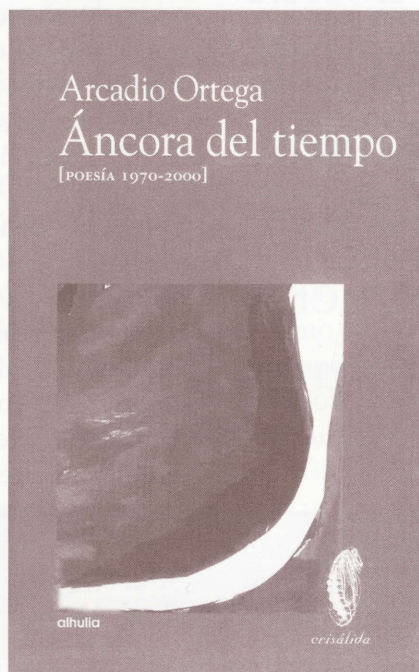
Hasta aquí, pues, esta aproximación general a la poesía que encierran las 512 páginas de *Áncora del tiempo*, páginas que guardan su primer libro, *Existir es el verbo*, de 1970, aparecido en un momento ya de madurez personal, con sus poemas fechados y su ritmo ágil sometido a determinadas formas métricas, en los que indaga en las claves de la existencia.

Con este título da así comienzo a la importante etapa sevillana de su vida que resultó decisiva para darse a conocer como poeta –no se olvide que su citado primer libro es editado por Ángaro de Sevilla en 1970– y para crear en 1972, junto a los poetas José Luis Núñez y Roberto Padrón, la editorial y colección poética *Aldebarán*, en la que vieron la luz más de medio centenar de libros poéticos –no faltaron los de investigación literaria– tanto de poetas conocidos –Juan Ramón Jiménez, en edición de Arturo del Villar, Ángel Crespo, Rafael Laffón o Victoriano Crémer, por citar algunos nombres– como de entonces jóvenes poetas –es el caso de Fernando Ortiz o José A. Moreno Jurado, entre otros–, además de

otros títulos suyos. Es el caso de *Casta de soledad*, de 1972, en el que el poeta nombra con sorprendente hondura el amor y los frutos de los hijos y se remonta a la estirpe de Adán para decir su soledad al cabo. También, el de *Ángeles sin sexo*, su tercer libro, de 1974, un delicioso divertimento en el que el dios Eros alcanza su más claro triunfo poético; libro éste que es seguido por el titulado *Cuando la mar se vuelve fría*, de 1975, unitario libro que mereció el premio Virgen del Carmen de la Presidencia del Gobierno, y que desarrolla todas las formas poéticas que el excesivo referente del mar proporciona, atisbando en él unos poemas de preocupación social al tiempo que el empleo de un rico léxico del universo marino de nuestra cultura.

De 1978 es el poemario siguiente, *Los bordes de la nada*, en el que el poeta llena de lucidez y tono existenciales unos poemas que se vuelven inquisitivos en esa operación poética consistente en palpar los límites de la vida frente a la que el poeta nada puede y que marcha sola por su lado. *Biografía de la luz en Granada*, aparecido en 1978 también, será su siguiente libro donde en sonetos canta el poeta con hermosas imágenes la luz primera, creciente, cenital, menguante y última de Granada. En 1979 publica *Notas para un libro de ausencia*, un crisol poético donde se funde

el amor y su ausencia y una desgarradora conciencia del paso del tiempo. Sigue *A nuestros poetas muertos*, de 1982, título que obtuvo el premio García Lorca de la Universidad de Granada, de una gran unidad, en el que Arcadio Ortega rinde su homenaje a Antonio Machado, Miguel Hernández, Federico García Lorca, Miguel de Unamuno, Pablo Neruda, Dionisio Ridruejo, Emilio Prados, Manuel Altolaguirre, León Felipe y Luis Cernuda, entre otros. Tras un largo silencio de nueve años, en 1991, verá la luz su siguiente libro de poesía *El fondo del espejo*, un poemario de madurez plena en el que el poeta se mira en el espejo de la memoria y del yo poético, percibe la soledad de Dios, siente la derrota



y angustia vitales; y, por lo que se refiere a los dos últimos libros recogidos en esta suma poética, éstos se titulan *Granada: Crónica de un desguace* y *Ocaso en Granada*, de 1997 y 2000, respectivamente, libros que mantienen un estrecha relación por lo que se refiere a la larga factura de los poemas y en los que el poeta medita sobre lo que llama absurda plenitud desde un hondo intimismo.

Sus poemas son los restos de un intenso diálogo temporal donde acuden en el cuenco de las manos del presente un ancho pasado y un cada vez más estrecho futuro.

Los frutos de estos años de dedicación a la poesía se han visto enriquecidos, como decía, con posterioridad con dos nuevos libros poéticos más que continúan en la senda formal y conceptual ya descrita. Se trata de *Existir en las horas* (2005) y *La hora del té* (2007). En el primero, el poeta establece en meditativos versos de larga factura un diálogo entre el hombre y el tiempo en sus más plurales formas siguiendo la huella de Antonio Machado, un largo diálogo en que, como nos dice la machadiana cita del *Juan de Mairena* recogida en el poemario, consiste la poesía pura frente a los modos de aquella otra poesía pura que persiguieran algunos de los jóvenes poetas coetáneos del autor de *Campos de Castilla*: “En efecto, Juan de Mairena, hubiera definido la poesía pura como aquella en que dialogan el hombre y su tiempo. Un hombre de todos los tiempos, con el tiempo de un hombre igual, a todos los hombres”.

Tal vez esto explique la razón del título y resuelva la aparente paradoja, pues si bien es cierto que no puede existirse fuera de las horas, esa accesible forma humana de medida del tiempo, no siempre establecemos un diálogo con las horas vividas, con aquello que las llena de sentido y las dispone en un intenso fluir que acaba manchando sógnicamente unas blancas hojas de papel. Por eso, se atreve el poeta a titular su libro de esta manera, porque sus poemas son los restos de un intenso diálogo temporal donde acuden en el cuenco de las manos del presente un ancho pasado y un cada vez más estrecho futuro. Pero ¿de qué se llenan esas horas vividas? La respuesta nos la da el mismo libro en la disposición final de los poemas y en su agrupamiento en sus respectivas secciones que no son otras que las que siguen. En primer lugar, Arcadio Ortega agrupa siete poemas en los que la poesía misma se alza con el protagonismo temático. Se trata de la sección “Las horas de los versos”, en la que se recogen poemas donde ofrece su idea de ese soñador perdido entre palabras que es todo poeta, ese aventurero sin ventura, ese ser que habita la hora azul de la melancolía o que escribiera un primer y ahora un último verso que, como paréntesis, encerraran en medio la lucha por la vida. En esta parte incluye también un poema en el que ofrece su conciencia de la poesía, su ideario estético en el que prevalece sobre toda idea formalista y esteticista de belleza aquella que la une a la vida y cuyo resultado final, de tan ligado a su existencia—otra clave para la comprensión del libro—, no acierta a explicarse el poeta.

La siguiente sección, muy expresivamente titulada “Las horas y el tiempo”, recoge quince poemas en los que el sujeto poético, con el uso simbólico del reloj en no pocas ocasiones, establece ese sustantivo diálogo con su tiempo, un diálogo íntimo en el que mana su conciencia del fluir temporal, de lo que significa la carga de un pasado o para lo que sirve escudriñar en el futuro, un diálogo en el que si alcanzan gran altura las sombras lo es porque existen las luces. Concluida esta parte, el lector se encuentra con la titulada “Inventario de las horas” cuyos poemas alimentan una suerte de biografía poética, con su infancia y las horas perdidas, la adolescencia irreparable, la juventud inasible, la irrepentible madurez y la

senectud impensable que incluye un balance de cierre. Pero la sostenida y madura mirada que guardan los poemas frente a lo que pueda ser la poesía, el tiempo o la propia vida se torna hacia caminos introspectivos simbolizados eficazmente por el espejo, por la imagen especular que éste devuelve en su superficie plana o en la turbadora superficie del bisel o por las viejas fotos que sirven de espejo. También las horas de la poesía alcanzan para las horas de los besos, el espacio de igual título donde se alojan unos entrañables poemas de amor, cálidos poemas de amor escritos en el invierno de la vida. Se trata de un amor con nombre propio, un amor al que se confía y al que interpela esta voz poética. El libro incluye dos secciones más, "Las horas del museo", donde se agrupan poemas donde el arte y la cultura son objeto de atención poética, y finalmente "Las horas suspendidas" o, por así decirlo, los poemas en los que el sujeto ensaya un diálogo con Dios cuya respuesta queda en suspenso. Esta parte final, que acaba con un impresionante texto último titulado "La hora final", esto es, el final de todas las horas, es la más trascendente del libro siendo ésta la que el poeta ha elegido para cerrar su diálogo con el tiempo en la forma menor de sus horas en las que viene alcanzando su plural existencia.

Por su parte, en *La hora del té* reúne respectivamente en sus tres secciones poemas de tema amoroso, poemas sobre la poesía y la creación artística y, por último, poemas de tono meditativo y alcance existencial. Esas partes se titulan, respectivamente, "Esta lluvia del verbo", "Sombras en el lienzo" y "El invierno que llega". Esta ordenación de los poemas que, no lo olvidemos, consituyen signos literarios completos en cuanto que poseen un principio y un final, está hecha para agrupar por rasgos de familiaridad creadora y afinidad temática determinados textos que vienen a conformar y a nutrir así las respectivas líneas de fuerza de significación presentes en el libro, lo que consigue. Así, "Esta lluvia del verbo" agrupa veintiseis poemas que son variado fruto del sostenido proceso creador en el que vive el poeta, entre los que sobresalen los poemas de tema amoroso y en los que lo que llamamos vida, que el poeta antepone a todo, con toda la variedad de sus manifestaciones y bajo el cristal de su mirada estética que cristaliza en imágenes la realidad efímera como por ejemplo ocurre en el poema "Danza", alcanza su total protagonismo poético como protagonismo alcanza en no pocos versos el cuerpo y sus efectos. Así, manos y caricia como en "Manicura"; ojos y comunicativa mirada como en el poema "Sus

55



Constitución Académica de Buenas Letras de Granada, 2002.

ojos". Pero, además y paradójicamente, la vida que de esta manera entra en sus versos es valorada por encima de estos mismos versos. Así ocurre en "Triunfo", un poema que habla del poema interrumpido para siempre por el amor. En cuanto a los nombrados poemas amorosos se refiere, el poeta escribe entre la realidad y el deseo, entre la certeza de un amor y su sueño. Así, ya evoca reencuentros –"El té", "Al cruce de la calle", "Encuentro" y "Conversación"– o canta la grandeza del amor existente en ese instante preciso, un segundo infinito, el resplandor de un rayo que sigue al encuentro de los amantes y de sus cuerpos como se lee en "Instante", "La siesta", "Triunfo" y "La terraza".

La segunda sección del poemario acoge aquellos textos que, por lo general, se ocupan de aspectos de la poiesis, esto es, de la capacidad –con sus resultados– de creación, verbal y no verbal, de poetas, pintores y hombres de bien que elevaron casi a la cualidad de arte sus humanas acciones como leemos en el poema dedicado a la figura histórica de San Juan de Dios hermosamente titulado "Apenas hombre de Dios, su sueño...", poema donde canta la loca verdad de aquel santo. Pues bien, de ahí que el título de esta parte, "Sombras en el lienzo", guarde una imagen poderosa con la que reconocer la creación en general. Por eso, sobresalen entre los veintidós poemas que la constituyen las poesías sobre la poesía como ocurre en "Letra a letra", texto en el que el poeta escribe desde el extrañamiento y un consecuente sentido de alteridad sobre el proceso de escritura poética de un poema de amor. Y como ocurre obviamente en el así titulado "El poema". Esta parte cuenta también con un núcleo no pequeño de textos dedicados a poetas. Me refiero a los titulados "Alberti, maestro, digo...", sentido homenaje de este poeta de la alta Andalucía a aquel marinero en tierra; "Canto a tres voces. Homenaje a Federico García Lorca", texto integrado a su vez por "El grito", un poema de tan profundo como verdadero sentido elegíaco, el soneto "Huerta de San Vicente", donde el poeta da cuerpo a la ausente presencia de García Lorca en el paradisiaco entorno vital de la huerta familiar, y "La conciencia", una sentida evocación del poeta con notas de interpretación del ser y del estar del universal poeta granadino marcado por la tragedia. A estos

dos poemas sobre tan esenciales poetas de nuestro tiempo, hay que añadirles "Granada nostra", dedicado al gran poeta barroco, que precisamente Federico García Lorca redescubriera, Pedro Soto Rojas, del que Arcadio Ortega llegó a escribir un hermoso relato en su libro *Andaluces con paisaje*; y "Letanía a Maiakovski", poeta ruso también marcado por la tragedia al que toma como personaje interlocutor en el poema y pone de ejemplo, con su paralela e implacable crítica, de poetas que se podrían agrupar sin serlo realmente en lo que el poeta nombra como "Frente artístico de izquierdas". Tampoco faltan en esta segunda e importante sección de *La hora del té* los poemas, de largo aliento y anchos versos, de vocación interartística y profundo sentido no pocas veces ekfrástico dedicados a pintores y a la pintura, tales como "Mirar de artista" que dedica a Antonio Moleón; "Cuerpos en el lienzo", dedicado a Manuel Moreno Romera; "Impronta del laberinto", escrito pensando en los cuadros de Manuel López Vázquez, en ese testimonio, como dice en el último verso, "del alma gris, perenne, del Albaicín cubista". A este pintor también le dedica el poema "Río de vida", título metafórico del que se sirve para cantar poéticamente

*la Granada y su gloria –río de vida–
plasmada en la verdad de su pintura.*

Y, cómo no, también dedica un bien construido soneto al famoso fraile cartujo pintor de bodegones de nuestra época áurea, Fray Juan Sánchez Cotán. Pero esta segunda sección del libro incluye además y, entre otros, poemas sobre Granada, "El corazón manda (Casa de los Tiros)", "Retorno", una confesión de amor por esta tierra nuestra, además de "Réquiem por un paseo (Calvo Sotelo, años setenta)".

Finalmente, "El invierno que llega", la tercera parte, reúne los poemas –en total de veintiocho– de mayor tono meditativo y alcance existencial del libro, poemas graves que encaran la desazón interior –"Veo pasar tardes" es un claro ejemplo de ello–, el silencio y el paso del tiempo medido antes por la certera evocación de sensaciones que por fechas –aquí cabe nombrar los titulados "La existencia", "Medida", "El silencio" y "Sensaciones"–; poemas de la soledad y de los sueños –"En el azul", por ejemplo–; poemas otra vez

metapoéticos donde la superior experiencia de la poesía se vuelve sobre sí misma en un fluir de versos como ocurre en “Una palabra justa”; poemas al fin vitalistas en los que se araña un gota de vida, que siempre es vida, como en “Ya para lo que queda”, donde crítica a quienes queman su vida e ignoran la lección poética de la última estrofa: que vivir lo que queda es todo por vivir, y como en “Tormenta de verano”; poemas del recuerdo donde con humildad y descarnado realismo poéticos alcanzan su protagonismo verbal las experiencias de toda una vida, poemas que se quieren expresamente autobiográficos, tal como “Cuando digo mi calle” o “Humana cosecha del 38”, el año del nacimiento del poeta, año que le da ocasión para elaborar un veraz corte sincrónico de lo que el aquel segundo año triunfal pudo suponer y supuso y de lo que significó su propia venida al mundo; poemas también de esencial defensa de la humana dignidad que constituye al sujeto poético, a todas luces y como consecuencia de su propia poética, trasunto del poeta, y de su derecho a decidir sobre sí mismo y su propia vida, tal como leemos en “Esencia” y “Privilegio”, respectivamente. Pero esta tercera parte tampoco se agota en estos poemas. Hay más, como corresponde a un poemario escrito desde la conciencia de que el invierno de la vida se acerca con su presentido final –léase si no el descarnado poema “Lo que queda”–, escrito desde la sabiduría que da la experiencia de la vida y que ahora le lleva a comprender que toda felicidad posible radica en la antesala de lo que así se nombra. Pero, con todo, no es este libro ni triste ni desolado sino realista. Y ser realista supone tener un cierto sentido de la realidad, con lo que ello conlleva de percibir ya luces ya sombras de nuestra propia existencia y entorno.

Claro que ser realista también conlleva el cultivo de unas formas que resulten fieles al modelo de la vida. De ahí que, a la postre, el poeta opere con una idea de su creación antes como un reducto de verdad y conocimiento que como un espacio de especulativa invención creadora desrealizador y evasivo y, en consecuencia, que huya de todos hermetismo. Por eso, los poemas se llenan de nombres, espacios, fechas, cuadros y otros múltiples elementos reconocibles –a la vista quedan–, si bien acaban siendo trascendidos

para decir con ellos algo más que su realidad. Ahí radica una de las claves que explican el juego sin fin de la creación poética y de su significación. Por eso, al final, de lo que la poesía habla es de muy pocos y graves asuntos: de ella misma y de la extraña capacidad de que se inviste quien la crea, del poeta y de su individuación que lleva aparejada una rara y exacerbada conciencia que convierte en extraño lo común y retiene en unos cuantos versos la emoción de un instante para que otros se sirvan de ella.

Arcadio Ortega se introduce, como digo, en el mundo financiero, proporcionando un rico léxico a este respecto que, obviamente, ofrece en función de la historia.

Los relatos y novelas

A la anterior y sustantiva obra poética de Arcadio Ortega, hay que sumarle la obra propiamente novelística, también de factura realista, con una línea que desemboca en la prosa poética y otra en la narración objetiva. Su producción novelística comienza con la publicación de *Evasión de capital* (Barcelona, 1979), primera novela que, junto con las posteriores *El Hijo del Presidente* (Granada, 1998) y *Los juguetes del yuppi* (Granada, 2001), forma una trilogía sobre el mundo de las finanzas y de los ejecutivos, mundo que nuestro escritor critica y conoce bien desde dentro por razones de su formación en el mundo de la economía y de la empresa y por su profesión como ejecutivo de la banca, tal como destacaba en su día el crítico Salvador Alonso quien reparaba, además, en la novedad y originalidad de esta temática. La historia de *Evasión de capital* se centra en el periodo de la transición política en

España. En *El Hijo del Presidente* y *Los juguetes del yuppi*, Arcadio Ortega se introduce, como digo, en el mundo financiero, proporcionando un rico léxico a este respecto que, obviamente, ofrece en función de la historia. En *El Hijo del Presidente* se ocupa de ese mundo de empresa con “un comienzo impactante –como dice Salvador Alonso–, de frases cortas, precisas, duras, ponen al lector en situación y el narrador comienza a tejer su tela de araña, va formando un tablero de ajedrez en el que van apareciendo los diferentes personajes –el protagonista, los consejeros, la amante, la madre con los que juega la partida. Personajes en cuya psicología se adentra lentamente hasta mostrarlos al lector, en perfecto retrato freudiano, con sus miserias cubiertas por la capa del éxito”. En la tercera novela de la trilogía, nuestro escritor se centra en un personaje protagonista que presenta como un cierto prototipo de director general de empresa, con problemas psiquiátricos derivados del estrés profesional, cuyo lado humano resulta miserable como miserable es la lucha que otros personajes emprenden por el poder. El mismo año que publica su primera novela antes citada, Arcadio Ortega de a la luz *Viento del sur* (Barcelona, 1979), con la que recibió el premio “Almería” de Novela de la Caja de Ahorros de Almería en 1978, cuya historia se basa en los pescadores de bajura. Esta obra guarda además una estrecha relación intratextual con el libro de poesía *Cuando la mar se vuelve fría*, de 1975, algo que ocurrirá también entre su novela posterior *El retorno de las rosas* y el poemario *Ocaso en Granada*, de 2002 y 2000, respectivamente. En 1993, aparece *Candidato Independiente*, novela en la que indaga en la toma de conciencia política a través de un personaje protagonista que, en las elecciones democráticas de 1979, medita durante una larga noche si presentarse como candidato independiente al Senado en una lista de un partido que lo ha invitado a hacerlo. Esta historia y personaje, quien se debate entre sus ideas, ideales e intereses, etc., le sirven a Arcadio Ortega para recorrer

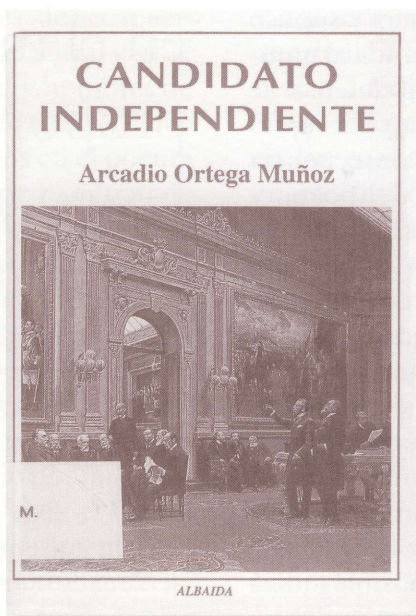
el tiempo histórico y político que va desde la posguerra hasta ese momento teniendo como telón de fondo Granada.

Las cuatro novelas últimas de nuestro escritor granadino han venido a consolidar cualitativamente su novelística dando cauce al desarrollo de esas dos líneas que, como afirmaba al principio, desembocan en la prosa poética y en la narración objetiva. *El retorno de las rosas*, por ejemplo, aparecida en el año 2002, viene a ser una novela poética en el sentido de Freedman –no en balde mantiene una relación intratextual muy estrecha con el libro de poesía *Ocaso en Granada*–, que constituye una inmersión en la iniciación, bohemia y muerte de un escritor. Así pues, llama la atención esta novela por su fuerte

hibridismo poético, por reducir el mecanismo de la intriga al mínimo imprescindible de una narración, por focalizar todo el interés en torno a ese protagonista que deja en la sombra al resto de personajes, meros útiles narrativos en función del mismo, por el empleo de mecanismos discursivos que sirven para contary cristalizar sobre todo la mente del protagonista y por la muy sustantiva presencia de un procedimiento como el de la descripción, del que se sirve el autor para objetivar narrativamente el espacio, para hacer que el lector adquiera conciencia

del tiempo, para situar a los personajes y dar así veracidad al relato.

En realidad, la serie de recursos que acabo de enumerar subraya sobre todo el sobresaliente rasgo de prosa poética, como Salvador Alonso ya destacara, de la novela en cuestión. Creo que, en efecto, *El retorno de las rosas* es una singular novela por cuanto, sin dejar de ser una obra narrativa, trata de cumplir la función de un poema, el factor distintivo de toda novela poética según Freedman. Según este razonamiento, cabe pensar que Arcadio Ortega ha utilizado tan extenso texto novelesco para hacer finalmente el equivalente a un poema, a un largo poema sobre la soledad de todo ser humano y sobre la radical soledad



dad del escritor, lo que sirve también como continuada alegoría de la marginación de la literatura en nuestra sociedad. La limpia prosa de esta novela nos introduce en una desolada historia que es consecuencia de una profunda pasión por la literatura vivida por nuestro autor y signo de fina sensibilidad, una prosa en la que cobra especial importancia tanto lo que se sugiere como lo que no queda dicho. Pero hay un rasgo más de esta obra que debo subrayar: la abundante presencia de reflexiones metaliterarias ofrecidas por el narrador, urdidas por el personaje escritor o contenidas, como así ocurre de hecho, en el instrumento narrativo de una carta. Estas reflexiones, que tienen por objeto el escritor y su función, el proceso de creación de una obra y la radical trascendencia del acto creador, la tipología de la novela e incluso lo que supone la lectura, lejos de venir a cumplir una función pura y linealmente de conocimiento, son sobre todo piezas de ese artefacto creador y están en función de ese mundo de ficción, es decir, este material reflexivo viene a cumplir una función de indudable importancia para el desarrollo de la historia de la novela, una especular historia de asunto literario cuya estructura y organización externas es sencilla.

El retorno de las rosas se desarrolla en sesenta secciones o breves capítulos, que guardan una relativa autonomía interna al ocuparse cada uno de un aspecto sustantivo de la historia que tiene que ver con la vida del protagonista escritor tanto en aspectos meramente externos como en los más profundos e íntimos. En este sentido, presente y pasado conviven fundiéndose en el espacio discursivo que trata de corresponderse con la mente del personaje, lo que explica la lograda tensión que el autor plantea entre tiempo exterior y tiempo interior, desarrollándose la historia por los espacios del recuerdo y del deseo y, cómo no, por los espacios urbanos donde el personaje trata de fundar su nueva vida, una vez abandonado el seno familiar y lo que éste supone, hasta que la frustración, el silencio creador y la más absoluta soledad acaban por conducirlo al suicidio, dejando como único legado una carpeta con sus escritos, la razón de su vida, un legado literario que la familia recibe, dándose así la ocasión de comprensión y aceptación, ya irreparable,

del hijo que trató de buscar su camino por el universo de la literatura antes que por un trazado camino social.

Por su parte, *El silencio de Laura* (Granada, 2003) desarrolla en su historia el mundo interior del protagonista como crisol de experiencias vitales y estéticas cifradas en el amor y en el universo de la cultura. El título nos ofrece el nombre de uno de sus personajes, luego nunca usado en la misma –el lector ignora también el nombre del personaje central–, lo que da pie a pensar que tal vez sea éste un modo de reevaluar otros aspectos de la historia narrada. Los personajes son elementos que vehiculan el abstracto personaje que vendría a ser el de la superior relación estética y sentimental con el mundo y los seres y las cosas que lo conforman y habitan. Por eso, las referencias culturales en la novela sirven de elementos narrativos. Por eso, y ésta no es una cuestión menor, hay secciones que constan exclusivamente de un poema, lo que debe interpretarse como un uso de tales textos poéticos como entidad narrativa. Por eso, el lector conoce desde la página 43 del libro que el reencuentro de los amantes acabará con el silencio de Laura. No importa adelantar un final. La intriga deja de ejercer su fuerte atractivo lector en el texto.

Para desarrollar la historia, su autor delimita una estructura análoga a la escritura de un diario –el espacio de la escritura de la intimidad–, lo que explica que las breves secciones no sólo incluyan un título de vocación denotativa con respecto a lo narrado, sino que casi la mitad pongan la fecha y hora exactas que dan pie a la narración de lo que en tal día y en tal hora el personaje recuerda o evoca o sueña con sus ojos bien abiertos. En este sentido, el autor a través del narrador omnisciente introduce algunas reflexiones de estirpe metanovelística que suministran una preciosa clave para entender la novela en su lógica interna y para comprender el intenso proceso de ensoñación en que vive el personaje, proceso de su mundo interior que se materializa discursivamente en los trazos de su diario y en los versos de sus poemas.

El personaje narra en su diario sus encuentros con Laura, lo que se corresponde a las secciones fechadas. El resto de capítulos sin fecha constituye otra suerte de diario, el diario de su propio trabajo profesional como

crítico literario y crítico de cine, mezclándose reflexiones críticas y utilizando el caudal de sus lecturas y de las películas vistas como elementos conformadores de su propia biografía, lo que queda claro si leemos la sección “Como niños”, lo que permite comprender las razones de los libros seleccionados o las que han impelido al personaje a buscar en la sección menos frecuentada de su videoclub, la sección donde encuentra películas de asunto que le concierne en primera persona. Tal vez sea éste uno de los rasgos más originales de la novela: elaborar el discurso del intenso paréntesis de esta historia de amor reverdecido, desde su principio hasta su final, con los elementos aportados por otras obras literarias y cinematográficas como fecundos intertextos que ayudan a trenzar el discurso de esta historia y a iluminar el sentido de la misma. Estamos ante una novela culturalista en su más noble sentido, esto es, como aquella obra que emplea la experiencia cultural como una experiencia que hace más intensas otras experiencias vitales. De ahí que en algún momento el personaje haga suya la famosa frase de Pedro Salinas, ‘Vivir en los pronombres’ que es como decir vivir en la poesía. De ahí que el autor se apoye en la siguiente cita de Graham Green –“La madurez es el periodo de la triste cautela”– para señalar el final de los encuentros amorosos y anunciar así el silencio de Laura.

Estamos ante un paso más en el modo de escritura novelística que Arcadio Ortega ensayara en su anterior novela *El retorno de las rosas*, que he calificado de novela poética. Cabe pensar que nuestro autor ha utilizado una vez más un texto novelesco suyo para hacer finalmente el equivalente a un poema, un poema de amor y al mismo tiempo un poema sobre la capacidad de consuelo humano que tienen las artes.

El testamento (Córdoba, 2007), su penúltima novela, centra su historia en la vida de un enfermo terminal y en su novela póstuma, dando entrada así al tratamiento de aspectos metanovelísticos. La novela consta de dos partes tituladas “El premio” y “El testamen-

to”, siendo esta última obviamente la que presta su título a la obra, constituidas por dieciocho y veinte secciones, respectivamente y casi un mismo número de páginas. Como puede deducirse, cada una de las partes se desarrolla internamente con independencia de la otra, si bien están cosidas lógicamente por el hilo de una historia, iluminándose a lo largo del proceso de lectura. De manera que el lector acabará conociendo a través de las perspectivas aportadas por los tres personajes principales –un triángulo amoroso, en realidad–, Magdalena, Manuela y Alfredo, el mismo asunto central objeto de la narración. Es más, en la primera parte va a ser a través de un narrador omnisciente en tercera persona y las palabras de los dos centrales personajes femeninos y del transcrito texto de una carta como conoceremos al protagonista de la historia, Alfredo, personaje lúcido y descreído, que no tomará la palabra, haciéndolo en primera persona y de modo autobiográfico, hasta el comienzo de la segunda parte. Esta solución narrativa va haciendo, pues, más intensa la lectura conforme se va avanzando en ella, logrando que al final de la misma confluyan las tres perspectivas en la inevitable síntesis lectora. Es como si tres grandes focos, primero uno, luego el segundo y finalmente los tres juntos fueran iluminando una escena con su intensa luz blanca. Lo curioso además es que el autor no juzga ni toma parte ni moraliza a propósito de cada uno de los referidos personajes y de su particular participación y responsabilidad en el desarrollo de la historia. Ocurre todo lo contrario. Los personajes se presentan libres en su acción, personal visión del asunto central y en el paulatino desarrollo de la narración de unos hechos. Es más, en el caso de la parte segunda, como decía, el narrador será el propio personaje Alfredo, siguiéndose de este procedimiento la total libertad del personaje para, convertido en novel autor de novelas, escribir la novela de su vida a modo de testamento con el que despejar brumas e informar así, con distinto propósito, a las mujeres de su vida y a los hijos habidos con ellas, lo que los convierte

en narratarios o destinatarios internos de la narración, tal como se lee en la página 82, lo que explica a su vez el veraz título de la novela, *El testamento*, si bien no puede olvidarse que, al presentar el protagonista el descarnado libro sin dobleces de su vida a un premio, sus palabras verdaderas escritas al borde de la muerte, quiere hacer testigos de la verdad de su historia también a los lectores, si es que su novela resultara finalmente premiada, como así efectivamente fue en nuestra ficción. Pues bien, este procedimiento obliga al lector real a que sea él el que vaya tomando partido por uno u otro personaje, si es que necesita hacerlo como consecuencia de un proceso de identificación lectora, juzgando acerca de las acciones según su propia escala de valores. Aquí reside uno de los puntos fuertes de nuestra novela.

Pero hay más elementos duales en la novela y no me refiero sólo a la doble vida que lleva el protagonista, sino muy especialmente a la escisión y conciencia de alteridad que revive Alfredo cuando se refiere a su niñez, a esa desgarrada afirmación de sí mismo como “niño de balcón”, con su tan muda como rica vida interior y su tan gris como solitaria vida cotidiana, a la dualidad de fracaso y triunfo del citado personaje. Podríamos decir que la dualidad es un factor constructivo permanente de la historia: también dos espacios urbanos sustantivos, Granada y Sevilla, entre otros que podría señalar; dos personajes femeninos antagonistas que un fatal desenlace acabará por poner en relación en los últimos párrafos de la primera parte, etcétera.

La construcción del discurso según los recursos que muy sumariamente he tratado de caracterizar, a los que habría que sumar el de la espacialización –las tres ciudades que nuestro autor más ama, según me consta, le suministran no pocos elementos para construir el verosímil escenario de su historia, muy especialmente Granada, Sevilla y circunstancialmente Madrid, con riqueza de verosímiles detalles fruto de su experiencia vital, fina observación y aguda sensibilidad apenas disfrazada–, la construcción de esta

manera del discurso, digo, aloja una historia que aparece explanada en el paratexto editorial de la contracubierta del libro con las siguientes palabras: “Mientras se dilucida la novela ganadora de un prestigioso certamen literario, su autor, reconocido psiquiatra de vida en apariencia convencional, desahuciado a causa de un voraz cáncer que ha ocultado a los suyos, se quita la vida. Su obra premiada, inédita hasta entonces, adquiere en ese instante un inusitado interés para su entorno más cercano; y se convertirá en un *testamento* que unirá la vida de dos mujeres desconocidas entre sí.”

No podemos ignorar la originalidad de esta historia en lo que es un trozo verbal de nuestro convencional mundo y sus valores que va alcanzando su existencia en un discurso de factura realista, con una sólida construcción de los personajes cuya caracterización no es externa ni superficial, ya que se irán conformando en su entelequia existencial por sus propias acciones; con un hábil manejo de la temporalización –en este sentido, el ritmo narrativo es intenso, pues se da cuenta de las peripecias de un premio y, muy en especial, del proceso de escritura de una vida entera en 163 páginas– y eficaz empleo de la analepsis y la prolepsis, al suministrar anticipadamente una información necesaria para el desarrollo de la historia, en la primera parte el lector ya conoce lo que va a pasar en la segunda, y al ofrecerse una información prospectiva, de manera que, si bien el lector tiene ciertas claves de lo que pasa, ha pasado y pasará, el fino manejo de la intriga y los matices –los focos de luz a que me referí antes– aportados por los distintos personajes serán el recurso que impida que el lector se desprenda del texto.

Estamos en fin ante una novela de madurez, escrita con pulcritud, en la que afloran situaciones que, en su estructura y verdad ficcionales, nos aportan una visión de lo que es nuestro tiempo, con su idea de lo que pueden ser las relaciones entre personas, relaciones en suma sociales, relaciones interesadas y gratuitas, tristes y placenteras, su visión de lo que puede

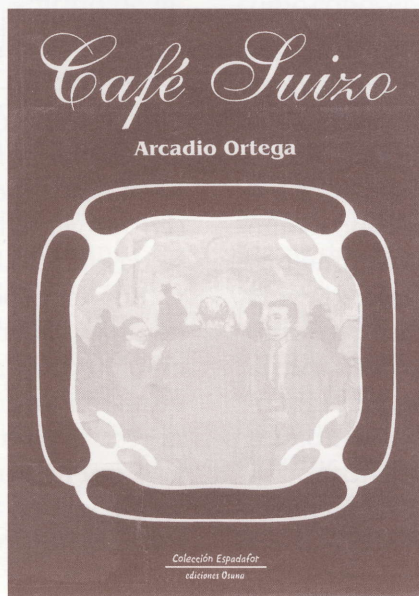
ser el sentimiento amoroso, con sus luces y sus sombras, su desnuda y pura verdad y su mentira, simbolizadas en nuestro caso por el verdadero amor de madurez de Manuela y el desamor de Magdalena, la lucha por la vida y la cabal aceptación de su momento final, la muerte, que encarna el personaje de Alfredo, un hombre hecho a sí mismo y modelado por la dura sociedad que le tocó vivir en su permanente soledad solo rota semanas antes de su muerte en la pantalla de un ordenador en forma de narración de su vida, en forma de una suerte de testamento, de unas palabras verdaderas que así serán recibidas en su lectura tanto por Manuela como por Magdalena, la primera para volver a vivir un intenso amor que la enfermedad y el suicidio truncaran. La segunda para husmear con tanta expectación como frialdad en aspectos de la vida interior de su marido. Estamos ante una historia construida desde una visión implacable y a la vez tierna de lo que llamamos vida y de una sociedad como la nuestra, con sus notarios, sus consejerías autonómicas, sus hoteles de una noche y, un aspecto de interés, sus instituciones literarias que llenan algunas páginas en su descarnada verdad como cuando, en la primera parte, asistimos al debate y fallo de un jurado literario sin que el autor adopte una posición respecto de lo que narra de minusvaloración ni melioración. Arcadio Ortega se gobierna en su novela como suele hacerlo en otras facetas de su vida, esto es, mirando de frente y diciendo la palabra que estima justa y verdadera para la ocasión, palabra que a veces escuece y otras te acompaña. Estamos, y con esto acabo, ante una novela que, en su aristada historia, no es sólo un canto a la vida y al amor más plenos, lo que queda justificado con el suicidio de quien no quiere ver deteriorarse su existencia y ese amor ficcional que, sembrado desde la semilla de una mirada en plena juventud, fructificará en la madurez, habiendo merecido la espera de una vida entera, tal como leemos en la sección XIII de la primera parte y muy particularmente en la página 42, sino que

también *El testamento* es una alabanza de la literatura como condición de posibilidad. De ahí que la conciba nuestro autor, y no sólo los personajes de su invención, como una suerte de verdad para decir con palabras que se juntan la complejidad de nuestra existencia como seres sígnicos y escindidos entre la realidad y el deseo. Este argumento me permite afirmar que si esa novela es un testamento muy especial para el narratario, para los lectores empíricos es un hermoso legado literario donde alcanza estable forma artística una visión de lo que llamamos mundo nuestro, nuestra inmediata realidad, visión en la que no falta una crítica de la sociedad consumista y competitiva y de quienes, necios, la dirigen y “transmiten—leo en la página 161—el mal de la envidia destruyendo

lo que de individual y solidario tiene el hombre”.

A estos importantes títulos hay que sumarle *Ayer cumplí 89 años*, el título de su última y extensa novela, publicada en 2009, en la que nuestro escritor se ocupa del amor en la vejez; así como *Café suizo* (Granada, 1999), una colección de sus relatos y narraciones breves que guardan una relación con el famoso y hoy desaparecido *Gran Café Granada*, una relación que no es otra que la de haber sido escritos allí mismo por Arcadio Ortega, tal como expone en el primer relato del

libro, que presta su título al mismo: “Escribí mis poemas en la sala segunda [...] Y escribí varios cuentos, y unas novelas cortas, todo lo que acompaña a estos folios nostálgicos que tanto me acrisolan el recuerdo intangible que no sé transmitir”. Se trata, pues, de un libro en el que, como dejó escrito Manuel Vidal, “se mezclan, pues, textos de distintas épocas, cuentos, un par de novelas cortas —una de las cuales *Caliche* nos remite a *Viento del Sur* en el tema y en el tratamiento de los personajes—, aunque el grueso lo constituyen aquellos que dan la medida del artículo que con profusión y acierto ha cultivado Arcadio Ortega. La diversificación de temas se aúnan en el estilo —esa exploración de la intimidad del lector— y en el proceso de construcción que se basa en una exposición de



los personajes y las circunstancias que crecen hacia un desenlace buscando la sorpresa, cargado muchas veces de ese toque ligeramente amargo con sabor a derrota asumida, aunque no falte el tono irónico y siempre presidido todo por una intención estética heredera de su otro yo poético”.

Los ensayos y otros escritos

Arcadio Ortega ha desarrollado, además de su principal faceta de poeta y novelista, una sostenida labor ensayística expresada durante años por la vía del periodismo económico, crítico y literario propiamente dicho en sus habituales colaboraciones, entre los años 1964 y 1965, con *Signo*, semanario de Madrid, en las páginas de cine y teatro más concretamente; con el periódico *Información de Andalucía*, a partir de 1974; con los diarios, *Ideal* y *Cordoba*, entre 1990 y 2004, tanto en sus suplementos culturales como económicos sin olvidar las páginas de opinión; así como con la revista *Andalucía Económica*. No pocas de estas colaboraciones se han centrado, como digo, en aspectos profesionales relativos al mundo de la economía y la empresa, toda vez que nuestro escritor se formó en la Escuela Profesional de Comercio y en la Escuela Social, ambas de Granada, lo que explica además su tarea profesional relacionada con actividades directivas del mundo bancario y, en su última etapa, con la dirección de la Fundación Escuela Superior de Negocios de Andalucía. No obstante, lo que me interesa destacar en este apartado es la faceta literaria de sus colaboraciones periodísticas y muy en particular las que han sido recogidas en libro, además de sus discursos públicos pronunciados en la Academia de Buenas Letras de Granada y otros textos fruto de sus intervenciones públicas en Granada con distinto propósito.

En este sentido último, me cabe dar cuenta de su libro *Granada a cinco voces*, de 1999. Se trata de una recopilación de los textos de intervenciones públicas y artículos de prensa en los que Granada, su cultura, tradiciones religiosas y festivas y gentes recaban la atención de nuestro escritor. De ahí que comience su libro afirmando lo siguiente: “Granada a cinco voces. Y las cinco, exaltando a Granada

en los tantos momentos de su gloria diaria, de su gloria terrena. Grandeza de Granada cotidiana y sencilla, multiplicada en luces, en sonrisas, en llantos, en ferias y cohetes cuando llegan sus días: los días sempiternos que claman en su dicha. Granada aquí en sus fiestas, en momentos felices, en sus días *solemnes, en todos esos días de azul* recogimiento, de transido sentir, de íntimo latido, de razón y esperanza, de plenitud arcangélica que proclama su nombre. Granada en la quimera de su siempre belleza estática y profunda: el perfil de Granada”. A partir de aquí se suceden las páginas que hablan de una Granada en el transcurso natural y cultural de las estaciones, con sus fiestas que van de la Semana Santa a la Navidad.

Arcadio Ortega ha desarrollado, además de su principal faceta de poeta y novelista, una sostenida labor ensayística expresada durante años por la vía del periodismo económico, crítico y literario.

En relación con las publicaciones que recogen los textos de sus discursos, he de referirme a los que, desde 2002, ha pronunciado en la Academia de Buenas Letras de Granada, de la que nuestro escritor ha sido Presidente entre 2002 y 2008. Precisamente, estos son los años de sendas publicaciones a este respecto. En 2002, la Academia publica su discurso de ingreso titulado *La Academia de Buenas Letras de Granada en el mundo de las Academias*, un discurso de gran significación

por cuanto con el mismo dicha institución iniciaba su andadura. De ahí que Arcadio Ortega eligiera ocuparse con tanto sentido de la conveniencia como de la oportunidad de la naciente corporación pública, la más moderna de Andalucía por entonces, en relación con la tradición académica que la sustentaba partiendo para ello de la notación de la situación presente y remontándose al origen áureo de las academias en el siglo XVI, a su ulterior trayectoria histórica y consolidación dieciochesca, con especial detenimiento en la Real Academia Española y en otras granadinas. En el año 2008, Arcadio Ortega pronunció su discurso de recepción como Académico Supernumerario, un discurso que llevó por título *Intrahistoria de la Academia de Buenas Letras de Granada en su primer sexenio*. De algún modo este discurso viene a complementar al anterior por cuanto supone ocuparse no ya de la historia externa y la tradición en que se sustenta dicha Academia, sino por tratar, con tan sobrada información como sentido crítico –no me cabe la menor duda de que su crítica es consecuencia de un alto ideal de cómo debe funcionar una academia y en qué debe consistir ser académico– de la historia interna y la *vita minima* de esa Corporación.

De particular interés resulta su libro *Andaluces con paisaje* (2003) en el que reúne una extensa colección de artículos periodísticos. Si, para comenzar, al libro le aplicamos generosamente el criterio que llevó al maestro Domínguez Ortiz a hablar en *España. Tres milenios de historia* (2000), del antiguo sentido de unidad que, desde hace tres mil años, ha venido existiendo entre los seres humanos que habitaron y habitan este trozo del planeta que hoy llamamos España y en ella este sur inmenso que nombramos como Andalucía, tal como se desprende de sus propias palabras iniciales: “Escribo, pues, estas reflexiones que abarcan desde que el conjunto de los pueblos que viven en la piel de toro adquieren un sentido de unidad, al menos visto desde fuera, desde las noticias consignadas por escritores griegos y romanos. Si la fecha de 1100 a. J. para la fundación de Cádiz es exagerada, puede, sin embargo, decirse que desde el Hierro hasta hay ya en la Península ciertos factores de unidad e interrelación entre sus pueblos”, si le aplicamos, digo, este criterio, habremos de aceptar el título

Andaluces con paisaje como conveniente a la hora de acoger bajo él los numerosos artículos que, agrupados en las ocho partes de que consta el libro, una parte por cada una de las provincias que integran la actual Andalucía, dan cuenta de la trayectoria vital e histórica de dos clásicos hispanolatinos, Séneca y Lucano; de un filósofo andalusí como Averroes; del pensador y médico judío nacido en la Córdoba califal Maimónides; de un famoso polígrafo de la Granada nazarita, Ibn al-Jatib, junto a marinos y humanistas como Martín Alonso Pinzón y Nebrija, nacidos en el siglo XV, y poetas, escultores, pintores y pensadores como Góngora, nuestros próximos Soto de Rojas y Fray Luis de Granada, Martínez Montañés, el genial Velázquez y Francisco Suárez, todos ellos alumbrados en el dorado siglo XVI; además de dos personajes más del siglo siguiente, uno nacido en el XVIII, el granadino Martínez de la Rosa, y el resto de los más próximos siglos XIX y XX. Por lo tanto, debe comprenderse el título en cuestión como una manera de traer a nuestro tiempo presente la memoria de hombres y mujeres cabales que ya como piezas de una tradición diversa o efectivas concreciones andaluzas en el sentido en que hoy lo entendemos –no olvidemos que Andalucía como entidad política diferenciada sólo existe desde la aprobación del vigente Estatuto y que con este nombre se alude a la antigua Andalucía y al Reino de Granada sólo a partir de avanzado el siglo XIX– han nutrido ejemplarmente desde las más diversas formas de actuación humana nuestra historia. *Andaluces con paisaje*, tan de vocación miscelánea y variados contenidos, posee una radical unidad que el autor hace explícita en el paratexto de la contracubierta del libro donde leemos: “Del íntimo crisol de Andalucía, el que formó la historia en oleadas, sedimentando cultura tras cultura, hasta formar un pueblo con raíces que nunca ha de envidiar a ningún otro, surgieron figuras de respeto, seres exponenciales que dejaron la impronta de su paso, sus frases permanentes, su quehacer concluido y un recuerdo imborrable para todo el que busca en la sabiduría de un pueblo paradigmas y ejemplos, orgullo de nación y gloria de paisaje”.

A partir de aquí e inmersos en esa sencilla estructura, se suceden los textos-semblanzas de escritores, periodistas y poetas, músicos



Foto: Lola Miranda.

65

y cantaores, políticos y toreros, filósofos, marinos y bandoleros, escultores y pintores y santos y hombres buenos. A partir de aquí nos introducimos en la aventura que supone leer aspectos de la trayectoria humana y del quehacer profesional, artístico o político de algunas personas notables que llenaron con su presencia el paisaje de esta tierra nuestra y de la plural cultura que en ella han sabido arraigar miles y miles de hombres y mujeres. Pero lo que más me atrae de este libro es que su autor, empleando los materiales de una rigurosa documentación, tratando de cumplir una función de fundada valoración y persiguiendo ofrecer a la postre un conocimiento de raíz histórica de los individuos y personajes en cuestión, construye un discurso de estructura ficcional para, con él, lograr no ofrecer ninguna mentira ni deformar caricaturescamente una biografía, sino recrear mediante la invención literaria unas circunstancias personales y humanas que podrían haber tenido que ver o que tuvieron que ver con los últimos días de vida de nuestros personajes, días en que los mismos parecen verse necesitados a realizar una suerte de balance último de sus vidas, una cuenta

de resultados de su peripecia vital que es lo que el narrador omnisciente nos cuenta con elegante y pulcra prosa y no escasa simpatía. El autor, a través de ese narrador y en tiempo narrativo de presente, vuelca su alma en la de la persona que centra su atención y llena el aire de sus palabras ya de la bruma de la nostalgia ya de la melancolía a que orienta la conciencia de que el final está próximo y, con indudable eficacia, se pone en la recreada piel de aquel poeta o de aquel pintor y de esta singular manera logra la alianza del discurso de la literatura con el discurso de la historia en su vertiente disciplinar de la biografía histórica. De esta manera construye una verdad literaria no exenta de verdad histórica. Esto explica que trabaje, sin abrumar al lector, con datos ciertos e informaciones eruditas que enhebra con paciencia en dicha estructura en su origen ficcional. Conozcamos el ejemplo de las páginas que dedica a Carmen de Burgos donde comienza con un párrafo en el que el narrador va contando cómo esta importante mujer de su tiempo se dispone a darse un baño antes de dirigirse a impartir una conferencia. Recrea, pues, un ambiente y orienta a los lectores a una comprensión,

sin que falte, como digo, el dato cierto. Léamoslo: “Cierra el grifo y comprueba que el agua tiene el tibio sopor para un baño de relajante encanto, mientras el vaho acude hasta el espejo, extendiendo un visillo de dulce intimidad a esta estancia de azulete azulejo, donde Carmen de Burgos Seguí, nacida en el pueblo almeriense de Rodalquilar en 1876 –qué importará la edad ni el lugar, arguye con mohín– repara el cansancio de su ritmo absorbente, percibe el placer de las sales y aprecia la voluptuosidad que siempre experimenta en el silencio acompañado de las aguas calinas, esta tarde matritense del 9 de octubre de 1932, antes de dirigirse a defender su ponencia sobre “Política Escolar”, en su afán permanente por conseguir la reforma educativa que, de una vez por todas, erradique el analfabetismo, ilusione a los alumnos y compartan activamente los maestros, como pilar inaplazable para crear un sociedad más justa, más formada y más solidaria”.

El libro es, de otro lado, fruto de un deseo de lograr un equilibrio entre sus partes, aunque las dedicadas a las provincias de Almería, Huelva y Jaén cuenten con menos semblanzas, lo que resulta comprensible si tenemos en cuenta la nómina e importancia de los autores tratados y la presumible escasez de personajes de relieve en dichas provincias, y de la búsqueda de una proporción interna en el tratamiento de cada personaje histórico, lo que se traduce en un número de páginas que en todos los casos resulta aproximado y en una selección de los mismos que dé entrada a las distintas y sobresalientes esferas de la

actividad humana sin hacer prevalecer en exceso unas sobre otras. Por ejemplo, en el libro se trata de escritores –los citados más Bécquer, Villaespesa, Ganivet y Juan Ramón Jiménez–, filósofos y pensadores –los citados más García Morente, María Zambrano y Francisco Giner de los Ríos–, pintores y escultores –los citados más Romero de Torres, Vázquez Díaz, Picasso y Zabaleta–, políticos y personajes históricos –los citados más Nicolás Salmerón, Emilio Castelar, Cánovas del Castillo, Fermín Salvoechea, Alcalá-Zamora, Blas Infante, Eugenia de Montijo y Mariana Pineda–, personajes populares del toreo –Paquiro, Frascuelo y Pedro Romero–, del cante y de la copla –Chacón, Franconetti, Imperio Argentina– y de la iglesia –Miguel Mañara, Fray Leopoldo y Sor Ángela de la Cruz–, sin olvidarnos de un bandolero como El Tempranillo y de un compositor como Manuel de Falla.

Andaluces con paisaje brinda la ocasión de conocer a estos sujetos históricos y de sentir con ellos y de revivir hondas experiencias de otro tiempo que acontecieron en nuestro más inmediato paisaje y que han nutrido de distinto modo nuestra realidad presente. Arcadio Ortega logra de esta hermosa manera hibridar la literatura y la historia y, lo mejor de todo, traer estos jirones de humana factura del pasado a nuestro presente.

Hasta aquí nuestra aproximación a la obra literaria de Arcadio Ortega, una obra de honda raíz poética que le ha servido a él como autor –también a nosotros como lectores– *para decir amor, o soledades.*

Cierra el grifo y comprueba que el agua tiene el tibio sopor para un baño de relajante encanto, mientras el vaho acude hasta el espejo, extendiendo un visillo de dulce

La obra de Arcadio Ortega frente a la crítica

LA obra literaria de Arcadio Ortega ha merecido, desde los inicios de la misma, la atención de la crítica y el interés de los antólogos. Esto explica, de un lado, la cincuenta de artículos de crítica inmediata dedicados a sus libros y, de otro, su inclusión en antologías y libros colectivos tales como, por citar unos cuantos, *Poetas hispanoamericanos de ayer y de hoy. Antología*, de Luis de Madariaga (Madrid, Paraninfo, 1974); *Enciclopedia del erotismo*, de Camilo José Cela (Madrid, Sedmay, 1976); *Andalucía en el testimonio de sus poetas*, de Manuel Urbano ((Madrid, Akal, 1976); *Poesía erótica en la España del siglo veinte* (Barcelona, Vox, 1978); *Ángaro (1969-1994) Veinticinco años de poesía en Sevilla*, de Miguel Cruz Giráldez (Sevilla, Ángaro, 1994); *Agua oculta que llora* (Córdoba, Cajasur, 2000); *Granada en cuento* (Granada, Dauro, 2002); *Poetas de Granada. Desde la otra orilla* (2004); y *Narrativa andaluza fin de siglo (1975-2002)*, de Francisco Morales Lomas (Málaga, Aljaima, 2005). Las siguientes páginas ofrecen una muestra de estas críticas recibidas mediante una selección de significativos fragmentos de las mismas.

Ángeles sin sexo

67 “Componen *Ángeles sin sexo* un total de 21 poemas eróticos, cargados de vitalismo, transparentes y apasionados, exentos de lo que podría ser amenaza pornográfica, violentados tal vez en más de una ocasión por un deseo firme y una voluntad sincera de lucha contra lo convencional y artificioso que entrama la convivencia y la envuelve con humos que dificultan la visibilidad y entorpecen la respiración. [...] Podría haber caído Ortega en pecado de frivolidad al acometer temas considerados como escabrosos y ciertamente delicados de abordar, pero ha sabido salir airoso del trance, incluso diríamos que con lucimiento, unas veces por la fortuna de las formas alcanzadas y otras porque ahondando con audacia en la entraña de los temas encuentra felices resultados.”

Eduardo Bonachera

(“Una poesía erótica y vitalista”, *Pueblo*, Madrid, noviembre de 1974)

Cuando la mar se vuelve fría

“Podríamos considerar *Cuando la mar se vuelve fría* como un aguafuerte, Los trazos se grabaron con dureza. Un día, cuando menos se espera, puede aparecer el «milagro» que salve al desvalido de su miseria de siglos [...] Arcadio Ortega presenta un tono coloquial. Todo el libro está concebido en endecasílabos que se entrecortan y encabalgan, alternando con heptasílabos. En no pocas ocasiones, al leer *Cuando la mar se vuelve fría*, nos viene a la memoria aquella afirmación de Juan Ramón Jiménez: “Quien escribe como se habla irá más lejos que quien escribe como se escribe.” Por otra parte, Arcadio Ortega se aparta de lenguaje y temas envejecidos [...] Hombre de tierra adentro, Arcadio Ortega metió hasta los huesos en las sales amargas. *Cuando la mar se vuelve fría* es –repito– un aguafuerte. Con garra. Salpica espuma. Con zarpazos. Con la desesperación de un levante. La sal se bebe a tragos insondables. Sube la marea. Pleamar del llanto. Al hombre le llega el corazón a la garganta.”

Francisco Salgueiro

(*La Estafeta Literaria*, 1, octubre, 1975)

Candidato independiente

“Querría también detenerme en su novela *Candidato independiente* (1993), por el interés que suscita en estos momentos la Transición Española. El protagonista es una persona ilustrada al que le proponen la candidatura al senado por el Partido Extremo-Socialista de los Trabajadores de España (PESTE). Ya el nombre advierte mucho sobre la retranca y la ironía subyacente. Proposición que produce en él todo un compendio analítico sobre sus valores, su posición vital y una reflexión sobre una época trascendente en la historia de España. Pero es curiosa la situación, porque, de entrada, el protagonista no se considera marxista: «Conscientes de que no era marxista» (pág. 13). La novela se construye desde la ‘reflexión trasladada’, es decir, el narrador omnisciente construye el pensamiento del protagonista, sus miedos y deseos, el valor de las ideas para transformar el mundo y su capacidad para llevarlas a cabo. Una novela de pensamiento, desde el pensamiento mismo: «La lucha estaba clara: conseguir que todos los nacidos tuvieran igual oportunidad» (pág. 28). Sin embargo, la historia [...] no avanza, sino que va envolviendo progresivamente al lector en las palabras y las elucubraciones del protagonista, a través de ese proceso técnico de la ‘reflexión trasladada’ [...] En una noche, que es el tiempo que dura la novela, el escritor va haciendo un repaso a su existencia, sus orígenes en el franquismo, su formación espiritual y social, sus preocupaciones vitales y lo relativo de los comportamientos. Una novela claramente intelectualizada que sigue una tradición noventayochista, como en la anterior. Porque de lo que se trata es de que el personaje asuma sus propias contradicciones [...] y sea capaz de elaborar un pensamiento consistente, pero la duda es metódica y le asalta, aunque progresivamente se vea resuelta al final [...] Preguntas como «¿Qué sociedad era más perfecta: la socialista o la capitalista?» (pág. 49), o bien, «¿Cuál era el partido; donde vincularse a corazón abierto, acatando todas las normas...?» (pág. 86), «¿Qué sucedería cuando llegase al Senado?» (pág. 81). En torno a grandes preguntas y grandes dudas en las que va vertiendo sus opiniones y su posición política y social vamos entrando en el personaje que por una noche nos confiesa su existencia. Ya hacía el final de la novela vuelve a preguntarse: «¿Había que defender a los obreros o a los patronos?: A la justicia» (pág. 126). En definitiva una novela que integra la psicología desarrollada del personaje con una época histórica de dudas y traslaciones, donde cada uno trataba de hallar su puesto histórico y personal.”

Francisco Morales Lomas

(“La narrativa reflexiva de Arcadio Ortega Muñoz”,
Papel Literario, Málaga, 27 de julio de 2003)

Granada: crónica de un desguace

“Y es que *Granada: crónica de un desguace* supone un punto de inflexión en la voz del autor, punto de inflexión que no es quiebro ni siquiera refracción, sino inicio del vértice abovedado de esa ardua arquitectura plagada de arabescos que es una voz personal en poesía, una voz que aquí se aposenta definitivamente para mostrarse reposada y madura. Y ése es, tal vez, el mayor logro de este libro, porque si una de las características de su poesía es la fluidez de su discurso, en *Granada: crónica de un desguace* Arcadio Ortega ha conseguido el magisterio de la cadencia, pues no hay en ni uno solo de los versos –siendo, como es, una obra extensa– ni la más mínima rebaba en. el que la lectura, no ya tropiece, sino roce, y eso, en un libro de poesía, es una invitación al lector. Y aún hay más, porque el autor no sólo sabe decir lo que quiere expresar, sino que sabe acercarlo casi a la confidencia y aquí, además, con la madurez del reposo, sin que ello le reste, antes al contrario, emoción a su voz, y esa cercanía es uno de los principios básicos de la química poética: llegar al lector.”

José Matas

(“*Granada: crónica de un desguace*”,
Artes y Letras, Suplemento de *Ideal*, 1 de noviembre de 1997)

Ocaso en Granada

“*Ocaso en Granada* [...] es un largo poemario de 125 páginas en el que el tema principal es la rememoración del pasado. Una rememoración –no estará mal precisarlo– muy en la línea añorante de la tradición manriqueña de que «a nuestro parecer, cualquier tiempo pasado fue mejor». De esta manera, a los dos grandes temas de la poesía de Arcadio Ortega antes aludidos –el amor y la desolación–, este libro viene a añadir otro que ya se presentía en los libros anteriores: la evocación del pasado –infancia, adolescencia, recuerdos de la universidad, primeros amores–, rememorados desde el ocaso de esas tardes de Granada que, para el poeta, también puede ser la metáfora del ocaso de nuestras propias vidas [...] Eso va a ser el resto del libro: la crónica de una nostalgia, de unos años que se fueron y que, como las golondrinas de Bécquer, ya nunca volverán [...] Antes de entrar en otros pormenores me parece importante señalar que no es éste el primer libro de Arcadio Ortega que tiene como escenario Granada. Repasando la bibliografía de nuestro escritor observo que el nombre de Granada, o alguno de sus lugares más significativos (emblemáticos es el tópico a la moda), aparece nada menos que en seis títulos de obras suyas [...] Esta precisa localización no empaña el deseo de universalidad de los contenidos de estos libros, ya que en la mayoría de los casos (una excepción podría ser *Granada a cinco voces* o *Alpujarra, fuente de luz*) lo que en ellos se cuenta tiene una validez universal, pues es evidente que el amor o el dolor, que el poeta canta y rememora, no tienen patria ni fronteras [...] Una novedad que en seguida se va encontrar el lector que inicie las páginas de este libro es el empleo del pronombre él en sustitución del subjetivista y decididamente narcisista yo. No nos engañemos con esta tercera persona: es un recurso que se aproxima mucho al «alter ego» de los novelistas.”

Francisco Gil Craviotto

(“Ocaso en Granada”, *Ideal*, Granada, 9 de diciembre de 2000)

El retorno de las rosas

“Su última novela hasta el momento ha sido *El retorno de las rosas* donde la construcción de la memoria posee un valor trascendente en una novela bien trenzada con capítulos breves donde predomina el monólogo interior como memoria. En tercera persona del narrador omnisciente se va trenzando la existencia del personaje [...] Pero en otros momentos se recurre a la primera persona dotándola de una suerte de neorromanticismo de nuevo cuyo en el que los estados de ánimo son permanentes. En esta obra Arcadio Ortega se detiene en el flujo de las palabras, en el valor preciso de éstas, y la acción se ralentiza, calma, sin apenas avanzar en la historia, porque no es en última instancia la acción lo que interesa sino la conformación psicológica y vital del protagonista: «Aquí estoy, comiendo los minutos, oyendo ese tic-tac enorme del reloj». Se trata de calas breves en el proceso creativo de una personalidad. En el capítulo titulado “La existencia” dice al comienzo el personaje: «Tengo la inquietud de saber por qué existo». Y efectivamente el valor de esta novela unamuniana es promover la interrogación sobre muchas cosas, el planteamiento del mundo y el valor que ofrece éste a nuestra existencia [...] De este modo, la novela es una forma de mirarse a sí mismo, al espejo interior, para construirse y al mismo tiempo edificar el mundo que lo rodea.”

Francisco Morales Lomas

(“La narrativa reflexiva de Arcadio Ortega Muñoz”,
Papel Literario, Málaga, 27 de julio de 2003)

El silencio de Laura

La finalidad [no es] definir, acotar humanamente a unos personajes y unas situaciones, marcados con verosimilitud por un ambiente identificable que pueda ser imaginado por el lector, sino sondear las zonas abisales del deseo, adentrarse en los sedimentos de lo humano.

Por ello, *El silencio de Laura* es una novela de tan sólo dos seres, un hombre y una mujer (como aquel mítico filme de Claude Lelouch), a los que se les despoja de casi todo: de rostro, de pasado, de lazos familiares o de amistad, de la compañía de otros personajes secundarios, e incluso se omiten sus propios nombres privándolos de una identidad diferenciadora. Cuando surgen, las diferencias son mínimas. Ambos son citados siempre como *él* y *ella* y el único nombre que aparece ha saltado del interior de la novela para instalarse, única y exclusivamente, en el título. Los dos viven en la realidad saliniana de los pronombres, adheridos siempre a sus propias soledades («*No hay más que un sufrimiento, estar solo*» se nos dice citando a G. Marcel). E igualmente ambos son privados de la detallada vinculación a un espacio o a un paisaje reconocible que los acoja con calidez o indiferencia. Tan solo sabemos que viven y se citan en algunos lugares Sevilla, en sus calles, en sus bares, en unos ámbitos laborales que se enmarcan indefinidamente entre lo docente y lo funcionarial [...] Arcadio Ortega desecha incluso la cómoda almohada que supondría la intriga argumental, dejando sólo un mínimo armazón dramático para que puedan mantenerse los personajes en pie, pues no le interesan sus acciones sino los actos y los perfiles del alma. *El silencio de Laura* es un viaje hacia los adentros del individuo que se ve vulnerado por el amor en la edad madura. Para ello, se acoge a una táctica narrativa cercana al diario, sin que el texto llegue a serlo en sentido estricto. Mediante el uso continuo de la tercera persona, el autor respeta escrupulosamente el punto de vista narrativo y elude de manera consciente el confesionalismo adolescente y narcisista [...] El impulso por rescatar y reconstruir lo pasado y luchar denodadamente contra las huellas que impone el tiempo, sería uno de los principales vectores temáticos de una novela que avanza siempre a través de dos planos: uno en el que se va constatando, encabezados por el día y la hora, los encuentros y desencuentros de los dos viejos amantes, así como sus efectos en el interior del protagonista; y otro segundo nivel, en el que se desarrolla una serie de reflexiones sobre diversos temas, tomando la literatura y el cine como las dos grandes referencias culturales.

[...] El subjetivismo más descarnado invade cada página de *El silencio de Laura*. Ello explica que el autor se acoja a técnicas estilísticas muy próximas al monólogo interior. Pero un monólogo, esta vez, distanciador, que, sin abandonar la tercera persona, queda siempre limitado y controlado por la propia sintaxis. De ahí que domine, como es habitual en Arcadio Ortega, la frase larga y sinuosa. Toda una elaborada oración compleja llega, en más de un momento, a coincidir con un párrafo [...] Y precisamente por eso, el auténtico poema, el definitivo, el imperecedero, no es el que se traslada al papel sino el que anida intacto en el silencio de la memoria, en ese mismo silencio que enlaza y condena a los dos amantes. He aquí la hermosa deducción final que nos propone Arcadio Ortega. El poema más irrefutable es siempre la vida. «Entonces decidió escribir un poema de angustia y espesura, pero no pudo hacerlo. Y lo siguió viviendo».

José Ignacio Fernández Dougnac

(“Un hombre y una mujer. Historia de una pasión (y de sus silencios)”,
Extramuros, 2003)

Áncora del tiempo (Poesía 1970-2000)

“Debemos evitar caer en la trampa de señalar, en esta obra, las consabidas «dos etapas» separadas por un largo silencio de once años: por el contrario, pensamos que esta desigual –por guadianesca– carrera poética encierra, paradójicamente, una sorprendente unidad en las que, a nuestro juicio, constituyen sus claves fundamentales: el problema de la existencia humana (la duda, la soledad, el vacío, el dolor...; en definitiva, la lucha por vivir y por saberse vivo) y –como corolario del principio anterior– la obsesión por el tiempo: por recuperar, no el tiempo perdido, sino esos acontecimientos sucesivos que, con mayor o menor intensidad, han configurado su vida [...] En efecto, el título de su primer libro –*Existir es el verbo*– nos informa ya de cuáles van a ser las bases sobre las que construye su poesía. El poeta toma conciencia de su existencia en el mundo: se palpa, mira a su alrededor, y descubre que el presente –tan fugaz– es capaz de condensar su pasado y de entreabrirle las puertas al futuro. A partir de este momento –en obras sucesivas–, iremos percibiendo que el discurso poético de Arcadio Ortega parece estar regido por el movimiento de un péndulo; por una oscilación que va del canto a la amada y a los hijos recién nacidos, a la conciencia de vacío y de soledad; de la noticia o del comentario en la prensa a la exaltación gozosa del cuerpo humano; de la serena contemplación de la belleza de la mar a la amarga consideración de sus peligros y de las duras condiciones de quienes viven de ella; del hastío por muchas situaciones vividas al deseo de hacer reales los sueños... Pero, sobre todo, la condición pendular de esta poesía es una metáfora de quien, poseído por la angustiada incertidumbre de que el tiempo transcurre inexorable, se debate en una lucha sin tregua en la que el poeta se siente impotente porque no puede hacer nada por detenerlo [...] Los últimos libros nos hablan, en apariencia, de destrucción y de presagios de muerte. Pero los términos ‘desguace’ y ‘ocaso’, lejos del sentido negativo que comúnmente se les asigna, nos revelan que el poeta, en la cima de su madurez creativa y cada vez más aferrado a su Granada natal, quiere descortezar su historia para rescatar –siempre desafiando al tiempo– lo mejor de sus recuerdos; para recuperar los más hondos deseos en unas composiciones de tono meditativo y reflexivo, en las que Arcadio Ortega se debate entre la realidad vivida y la imaginada; en la que el poema –única posibilidad de apoderarse de los sueños– se transforma en ancla de salvación, en único amarre capaz de resistir al tiempo, al olvido.”

71

M^a del Carmen García Tejera

(“El arte de componer los sueños”, *Extramuros*, 2004)

* * *

“En *Áncora del tiempo (Poesía 1970-2000)* se halla la poesía vital, pero también existencial, de un poeta, Arcadio Ortega, que sabe de lo cotidiano y en lo cotidiano entiende lo relativo y lo absoluto de las cosas, pues es Arcadio Ortega un poeta sin parodias y sin máscaras, un poeta sin vocación de espectáculo, entregado a su obra y disciplinado en su obra y en su vida diaria [...] En el amor, en el paisaje, en la amistad, en la emoción, en los pequeños detalles, en lo cotidiano, en lo absoluto, este poeta granadino encuentra sus propios significados y los eleva a un rango abstracto y plural. Así, el escritor tiende a mostrar el mundo explicando los matices de los hechos más humildes; y es en ese trance, despojado de parafernalias y perilustres, donde Arcadio Ortega encuentra su mejor registro poético [...] *Áncora del tiempo (Poesía 1970-2000)* es un recorrido poético de tres décadas, pero es también un grito desgarrado, y un susurro, y un llanto, y un ideario, y un viejo camino por el que el poeta ha pasado dejando jirones de sus ropas, y emociones, y heridas, y cicatrices, y palabras para dibujar, en un verso, todos los mundos.

Juan Vellido

(“Todos los mundos, el verso”, *Artes y Letras*,
Suplemento de *Ideal*, Granada, 23 de septiembre de 2004)

La hora del té

“A la hora del té caben el amor y los sueños, y caben acaso los grandes argumentos más recurrentes de la poesía, pues este poemario último del presidente de la Academia de Buenas Letras de Granada se ocupa del amor idealista, pero también del amor tangible, del amor físico, del amor al filo de un erotismo que Arcadio Ortega sugiere metafórico a veces, explícito a menudo, rotundo en las alegorías y el desquite de los versos Pero a la hora del té hay también tiempo para la reflexión y la nostalgia, para descubrir de nuevo los paisajes de sobra conocidos, hay tiempo para las sombras, para el invierno y para homenajes y recuerdos [...] Arcadio Ortega recrea en sus versos lo más cotidiano de la realidad que le circunda abstrayéndose, así, en un ejercicio literario entre la materialidad y la fantasía, en la certeza de que de ambas cualidades se conforma el alma misma del ser humano. La amistad, el amor, el paisaje, la memoria; pero también la soledad, el miedo, la desesperanza, ocupan los versos de estos poemas de la hora del té, en una suerte de invocación existencial de la vida, como si al proclamar el amor, el erotismo o la sabiduría de nuestros grandes maestros, se conjuraran todas las cualidades de aquellos, o aquello, que se invoca.”

Juan Vellido

(“Poemas a la hora del té”, *Ideal*, Granada, 10 de diciembre de 2007)

El testamento

“En esta nueva entrega de su extensa trayectoria narrativa y poética encontramos una novela densa, dolorosamente humana, presidida por una constante inquietud en las que el amor y la muerte se dan la mano en la profunda historia de un prestigioso psiquiatra que en los últimos años de su vida, en los últimos días, ofrece a los suyos y a los lectores un testamento vital de emocionada factura [...] La razón final, que es el morir, acabará imponiéndose no sin que antes le permita dejar escrito un emocionado testamento que, bajo el formato literario de novela galardonada con un prestigioso premio, abre la puerta a las claves de su vida a las luces y a las sombras. Entrada que se brinda a la vez a los lectores y a la familia, a los hijos y, cómo no, a las dos mujeres que lo han amado y que aún sin conocerse, acabarán encontrándose tras su muerte [...] El tono existencial e intimista va incrementándose hasta alcanzar el clímax al comienzo de la segunda parte, cuando la narración adquiere tintes emocionados en una prosa poética limpiísima, que seduce al lector. Es *El Testamento* una novela que no puede dejar de leerse una vez se ha comenzado, porque nos atrapan la historia y los personajes, la autenticidad de su prosa y la verdad humana de la existencia, su huella en el papel. La reflexión sobre la vida se hace directa y escueta, casi susurro, como flecha directa al corazón: Y porque ahora, a esta altura de la vida, un llanto más o menos, ni suma ni destroza arrastrar el cansancio que exige ser humano en un tramo vencido. Es *El Testamento* una novela de quien ha vivido y sabe.”

María Rosal

(“Testamento vital. Una novela densa y dolorosamente humana”, *Cuadernos del Sur*, Suplemento del *Diario de Córdoba*, Córdoba, 27 de diciembre de 2007)

* * *

“En *El testamento* nuestro autor vuelve a dar muestra de algunas de sus constantes, al ofrecernos unas páginas cargadas de intimidad y susurros, una obra de cámara, el drama de unos cuantos personajes cuyas relaciones son escrutadas con exhaustividad. Sin embargo, lo mismo que sucediera con *El retorno de las rosas*, siempre queda una pieza del puzzle que se desliza, hay algo inaccesible, una parcela de sombras que se resiste a ser desvelada, pues «el hombre no tiene fin en sus posibilidades ni en sus entresijos» (p. 123). Los relatos de Arcadio Ortega son la constatación de un infatigable asedio interior para intentar definir la inquietud. De ahí el ritmo lento (pero adecuado y sin quebrantos) de muchas de sus historias, la escasez de elementos ambientales y espaciales (resueltos tan sólo con sobrias pinceladas); el gusto por la abstracción y el lirismo que desemboca en la frase larga, exacta, sinuosa, con la que desea recoger cualquier impresión o matiz. Y como sucede, al menos en las tres últimas novelas, no abunda el diálogo. Quizás ello sea debido a que los personajes son siempre seres perdidos, aislados por sus parecidas o infernales fantasmagorías, seres que deambulan, sin dramatismos, por la bruma y hacia la bruma, forzados a la incomunicación con los otros [...] Como ya nos tiene habituados, Arcadio Ortega organiza el material y el tono de cada una de sus obras según los específicos dictados que exige cada ficción. Pues bien, uno de los mejores logros de estas páginas reside en la sólida construcción y en la forma en que se resuelve el artificio de que coexistan dos novelas en el cuerpo de una sola. Y ello, por la astuta expectación que se nos va creando ante el texto escrito por el psiquiatra, es decir, ante el segundo núcleo argumental, así como por los efectos dramáticos y por la gama de perspectivas que este recurso desencadena y provoca.

El testamento es, por tanto, una novela sobre lecturas y lectores, una reflexión sobre la vieja idea de que cada obra literaria se multiplica en tantos contenidos como receptores. Sólo apunto algunas pautas muy obvias. No es equiparable la histérica forma de interpretar el texto por parte de la esposa, de Magdalena, con la sosegada fortaleza que es recibido por Manuela: ambas mujeres leen en las palabras del otro, de Alfredo, la oculta caligrafía de sus propias vidas. Frente a la lectura del receptor, del lector anónimo, que va comprobando lo que otros gozan y padecen ante el libro del protagonista, habría que situar la escurridiza omnisciencia del autor, que, pese a todo el juego de reflejos que urde, se proclama como único demiurgo que domina todo el artefacto narrativo, capaz incluso de otorgar, a través de un impecable gesto de fina ironía, un premio a su propia creación, aunque esté puesta en manos del psiquiatra Cerrillo. Un guiño que nos ofrece Arcadio Ortega (pero también un reto que establece a sí mismo) para desdramatizar el drama, para reforzar unas sutiles maniobras con las que atempera el impacto de la fría tragedia cotidiana. Sin lugar a dudas, este «testamento» es una de sus mejores novelas.”

José Ignacio Fernández Dougnac

(“El invisible fulgor de la derrota”, *Extramuros*, 2008)

Antología breve

Poemas

EN POSTURA DE PALABRA

Qué constante promiscuidad de versos.
Qué multitudinaria voz en vela
empujando mi soledad arriba.
Qué hondo el hueco de tempestades frías
que se agolpan dolientes: Mi memoria.
Qué desesperanzada paz.

Y cuando las palabras cristalizan
traspasando la brisa de los labios
para decir amor, o soledades,
u otras cosas fugaces al estilo,
un vuelco da la noria de mis sueños.
Entonces vibro, y lluevo, y me deshago,
porque ya la palabra se ha fundido
como una brizna de vacío al tiempo.
Y si una vez fue parto de mi boca,
es otrora la nada que completa
los huecos desbordados que no somos.

Por eso, y porque deciros quiero,
cuando en postura de palabra estoy,
me atrona hasta los cuencos de las manos.
Porque no son las cuerdas de la boca,
sino que a punto de parir el verbo
está abierta mi esencia, y estrujando,
para soltarlo libre hacia los vientos.

(De *Casta de soledad*, 1972)

ÁNCORA DEL TIEMPO

Y aquí me tengo anclado.
Y sin remedio.
Agarrado a la sombra de mí mismo
por si acaso la luz se va muriendo.

Aquí me tengo enhiesto
y torturado.
Desafiando preguntas y recuerdos.
No me baten las alas ni me ayudan,
ni una sonrisa me permite el viento.

Se me está demorando la palabra
–jaramagos y escarcha–
y sólo siento,
que van a dar las doce de mi vida
y no puedo romper el minuterero.

(De *Casta de soledad*, 1972)

EL POETA PIDE UN HUECO EN SU TIERRA

Quiero morirme
al borde
de la Alhambra.

Fundiéndome en las sombras
de su altura,
cuando la tarde
corte su campana
y el muro de sus grietas
se quebraje
de la escarcha que llora en
madrugada.

A la sombra
del canto de sus luces,
del reborde opalino
de sus aguas,
de todo el bosque umbrío
que se mece
con sabores de mármol
y guirnaldas.

Peregrina de besos
presentidos,
a su vera,
en el monte,
como garza,
correteando por surcos
y veredas
se perderá
mi alma.

Un cántico
de paz,
canción profunda y clara,
dirán sus surtidores
—mi esperanza—
mientras que entre sus torres
mañaneras,
me iré con sol de tarde
por el agua.

(De *Casta de soledad*, 1972)

EPÍLOGO

El ángel del amor
no tiene sexo.
¿Cuál es el sexo de los ángeles?

Enhiesto en la pasión el hombre crece,
idealiza la luz
y tiene el brillo
de ese halo de Dios que multiplica.

Inerte en la pasión,
casi crispado,
se desliza sutil a los espacios
en que habitan los seres que tuvieron
las misiones seráficas.

Qué importa si mujer u hombre
se hollaron la senda
mancillando, con *juegos prohibidos*,
las mil y un singladuras que conducen
al esplendor violento,
donde en el mismo límite
alcanzaron
el más bello perfil.

Y ya,
quemada la pasión,
no queda más que la sublimidad.
Y es el ángel,
el ángel del amor,
quien mantiene el secreto
del sexo de los ángeles,
el que habita la última sonrisa.

(De *Ángeles sin sexo*, 1974)

VIII

El faro siega
y corta;
deslumbra y se retira;
aparece
y destella;
se brinca sobre el mar
y peina
los azogues violetas de las olas.
El faro guiña
su perfil ancestral
de antiguas sinrazones.
No descansan los muertos
al pico de su hombría –en su soberbia–
bajo el acantilado que mantiene
el secreto
de los últimos hombres
que se tragó la mar.
El faro
lleva un ritmo
constante y homicida en su vaivén.

(De *Cuando la mar se vuelve fría*, 1975)

EL FONDO DEL ESPEJO

*El yo que quise ser
se ha roto.
El que no quise ser
también.
Ni fui, ni soy, ni nunca
tal vez seré.
Me veo las vestiduras mal rasgadas.
Por qué.*

I

Tengo un poeta aquí —junto a la pena—
que me cruza la vida por derecho.
Mayoral de los campos de mi pecho
me acosa y me derriba y me encadena.

Tiene el rubio tañer con que envenena
mi esperanza de paz. Es el helecho
que me crece en la voz, como un deshecho
del hombre que iba a ser y fue a condena.

Forjador de sí mismo, hizo su vida
construyendo y alzando los peldaños
en donde alcanzo el ser y donde muero.

Me acusa, si sonrío, de homicida.
Lleva conmigo treinta y cinco años.
¿Y qué queréis que os diga?... Yo lo quiero.

(De *Los bordes de la nada*, 1978)

LUZ ÚLTIMA

Por los montes calientes de la tarde
ha dejado en su ser, como tendido,
un enjambre de grises que en el nido
cervical de la noche, gime y arde.

Grita la luz, al fin, en un alarde
de restallar su fuego en alarido
de rojos sempiternos. Ya vencido,
quiebra el vergel con su esplendor cobarde.

Así se muere el sol, en un marasmo
de surcos, desazón y plenitudes,
donde alcanza su paz y su hermosura.

Así se muere todo, en un espasmo
de tibieza letal, en donde aludes
de sueños y de Dios, son espesura.

(De *Biografía de la luz en Granada*, 1978)

EL TÉ

LA tarde, la ocasión. Las aspidistras
circundando la fuente,
acompañando,
creando un bosque insomne de hojas verdiagudas
que rebrillan las sombras en la humedad del patio.

Un surtidor, altivo y lúdico,
derrama los efluvios de luz que desde el cielo
filtra la claraboya donde el gris se diluye.

Suena en francés la música y el barman
nos sirve un té muy noble, aguado y en su punto.
Sólo silencio y paz se percibe inconsciente
donde el aire acelera la tormenta anunciada.

Tú llegas presurosa
para decir amor con la sonrisa clara,
así, sin condiciones, levemente,
y hay un latir de estrellas pavorosas y humildes
que juegan a comparsas.

Me aseguro que está la eternidad en los ojos,
tu cuerpo,
mi presencia y la noche.

Puede morir la tarde, ya no importa.
Y entonces bebo el té diluido en sus oros
como si fuera el día del principio de entonces.

(De *La hora del té*, de 2008)

LA HORA FINAL

Si es posible, mi Dios, que sea de golpe.
Si tú me participas, si tus hilos
mueven los pasos y mi vida en algo,
déjame que me anule de repente,
de un rayo sideral o de un trallazo
pero no languidezcas mi presencia
por los días, las camas, los latidos.

Llévame como un gesto al precipicio;
y si quieres, también, desintegrado.
Porque al fin, al final, hoy que es posible
que te llame, porfíe y me estremezca,
no me mueve otro sueño que marcharme
de golpe, de tirón, sin presentirlo.

Escucha mi pedir que es poca cosa
y no obliga a atención ni esfuerzo alguno.
Un regalo muy simple es lo que ruego;
y gratuito, y fugaz, apenas nada;
pero colma feliz a mi existencia,
y yo lo clamaré eternamente
si es esa la medida que te gusta.

Y además, lo primero, acaso, que te pido.

(De *Existir en las horas*, de 2005)

Novelas: las historias en sus comienzos

LA mar estaba como si constantemente se la estuviese arando. Mil surcos caracoleaban en sus crestas; espumosas volutas que al reflejo del sol aparecían blanquísimas. Su azul era intenso y plateado. Tenía un gran espejo hecho añicos, como si se hubiese partido en mil pedazos un eclipse sobre el espacio que abarcaba la vista. Al fondo se difuminaba en una línea dulcemente opaca que iba alcanzando la plenitud del celeste perdido sin remedio, donde se iniciaba el cielo o agonizaba en el último abismo inconquistable. Aún la tarde mantenía escondida su muerte en los postreros instantes donde el día cayese acuchillado por sus propias luces. No brillaban las piedras en la arena, pero estaban limpias, parecía como si una mano benefactora hubiese pasado levemente su deseo, dejando inmaculada en su perfección cada una de las partículas que contenía la arenilla.

(Fragmento inicial de *Viento del Sur*, de 1979)

* * *

Desde el amplio ventanal de su despacho, contemplaba la persuasión de las sombras que, trémulas, levantaban su etérea pesadez sobre los tejados. Al norte, el Albaicín hacía presentir la vida en las pequeñas luces que tintineantes avizoraban el desvelo. Los cipreses que rompían y acentuaban el cubismo de su arquitectura, presentaban la esfinge fantasmagórica de una quietud solemne. Con esfuerzo adivinaba en esbelto surtidor de cales, la torre soberbia de la iglesia de San Nicolás. Más al fondo, el Sacromonte se perdía por el valle de Valparaíso, en un dormir de estruendos altisonantes, entre zambras gitanas de dudosa calidad y canciones trasnochadas del excitante Elvis Presley. Junto a los mostradores, jóvenes travólticos de lenguaje pasota, esperando un romance de urgencia o la pendencia acostumbrada como fin de fiesta. A la derecha, justo frente a la posición que normalmente ocupaba su desvencijado sillón de cuero, se elevaba altiva y plástica, llena de melancolía, la torre más nombrada de la Alhambra, con su canción perenne en la espadaña roja de la Vela. Un mar de bosques verdes y tejados asimétricos formaban, como salpicón de su falda, la peana adormilada y sucia, vestigio del barrio judío del Mauror, que con el pie en el llano, daba sustento y esbeltez a su dominante presunción. A su costado, la fortaleza roma de Torres Bermejas –ruina y abandono–, esperando la mano eficaz que la incorporara definitivamente a los recorridos turísticos. Salvando las paratas, el juego de las cales, las aristas en sombra, el rojo impactado de mil soles asediando su escorzo, el barrio trabajador y gremial del Realejo. Ya al este, tamizando el camino por donde la luz desvela las mañanas, el barranco que nominan del Abogado, espalda pobre de las tierras rojizas del cementerio, zona de paz aún no especulada; tras él, las lomas de los Rebites, el Contadero, Huenes, y un sin fin de cresterías y atalayas que, en cadente y continuada ascensión, se eclipsan en el punto justo en que las nieves platean cada mañana y azogan el último reflejo del ocaso. En lo alto, recortado inclemente por un haz de precisión lumínica, el pico Veleta, que vienen en llamar Picacho, segunda altura de la cordillera más cantada de España.

(Fragmento inicial de *Candidato independiente*, de 1993)

* * *

Abrió por fin los ojos, después de largo tiempo en somnolencia, apartando con la mano el aire levemente, antes de constatar la soledad sencilla de la estancia, los libros apilados en las estanterías, la ropa alineada en el armario que ofrecía su interior para evitar el olor a humedad de los muebles cerrados en ciudades de mar.

“Vestida de nardo estabas sobre el blanco de la cama, pero yo no te alcancé”, dijo con voz audible para cualquiera que hubiese estado dentro de la estancia, mientras con lentitud incorporaba el cuerpo, apoyaba los pies sobre las losas de barro cocido de la solería, permaneciendo un instante con las manos sobre las rodillas y la mirada perdida en una lejanía que empezó a deslizarse por el lino de las sábanas, cuando ya en pie alzó los brazos hasta acariciarse con los dedos la nuca, ofreciendo un gesto placentero, como si en aquel instante alcanzase la beatitud de esos segundos primeros, tan queridos, cuando entre la vida y la muerte se deja el hombre caer en el sopor ansiado, en ese último algodón que se prolonga hasta el fondo, recogiendo el cuerpo con mimo, que ya es el sueño.

Cepilló sus dientes mecánicamente y mientras el chorro de la ducha le ofrecía sobre los hombros la verticalidad de su sonido, con la tibieza de los días de verano, y la espuma del líquido jabón le recordaba la voluptuosidad sedosa de la piel urgida para la caricia, reparó minucioso en el sueño que le hizo despertar con desvelo, hurtándole la posibilidad del abrazo con ella, que dormía a su lado, núbil y nívea, como el don más precioso que le podía ofrecer la ensoñación, tan siempre perseguida cada noche en los instantes justos de perder la conciencia, cuando la reclamaba para seguir el juego que siempre interrumpía el despertar, sin que jamás alcanzara la cima del abrazo, por más que toda ella se entregase propicia.

Fue entonces cuando escribió aquél verso que tanto enrareció el convivir en su familia, por el descuido torpe de haberlo dejado sobre la mesa de estudio cuando la madre se acercó para saber si cumplía sus quehaceres o aún permanecía sumido en el sopor de la siesta, a pique ya de dar las siete de la tarde, sin que diese señales de actividad como otros días, mientras él, junto a la ventana, arrancaba los pétalos de las pequeñas flores del jazmín que trepador y orgulloso, alcanzaba la altura de la casa, ahuyentando mosquitos picadores.

No llegó por final hasta sus manos, a las manos de ella que era la destinataria, el poema letal que en sus renglones retenía un abrazo para siempre, decía de su cansancio en la esperanza, esperaba un sentido a la palabra aún no pronunciada por ninguno, y pedía con vehemencia otra noche siguiente, la segura, aquella que por fin sería armoniosa y feliz y perfecta y recordada.

Las frases de su padre y el silencio dolido de su madre le hicieron perder sin remisión, en el mismo momento que le rompían el verso, el íntimo juguete de su sueño, el único juguete que niño-hombre ya, le mantenía en pie.

(Fragmento inicial de *El retorno de las rosas*, de 2002)

* * *

Ella bajaría. Ella iba a descender la escalera por donde le indicaron que a las doce treinta, segundo descanso en la mañana lectiva, se desintegraría el aulario de la planta alta. La suponía rodeada de un enjambre de jóvenes, con total seguridad apresurados por alcanzar el vestíbulo, donde él esperaba junto a la jamba del pasillo que se iniciaba con una puerta a la izquierda, en cuyo dintel se leía el rótulo de sala de profesores, lugar al que esperaba acudiese durante el descanso.

Ella iba a bajar, como supuso tantas veces, en el día que podría ser el siempre añorado del reencuentro, o, por el contrario, el día en que por fin se rompiese el encanto de la espera que fue creciendo y decreciendo, asomando y olvidándose, haciendo estremecer por necesaria, deseando saber que podría existir, al menos, desde hacía treinta años, ¿tantos?, quizás alguno más, -menos, ninguno- se decía, en segundos, comiendo esos instantes que fueron tan precisos, llenos de densidad, mientras que se cruzaban impacientes y urgentes los alumnos, buscadores de un recreo en multitud continua.

Ella asomaría en la curva contraluz del rellano, puede que en ese instante que él miraba y urgía, sin que la adivinara entre tanta vorágine, de donde ya surgieron dos o tres profesoras, que casi no las vio hasta que se acercaron al lugar estratégico donde esperaba, y que miró certero, con cuidado y desazón por si alguna de ellas, quizás, acaso fuese ella ajada por el tiempo -los años que algo cambian-, pasada por un look como dicen los cursis pero que le imprimiera un semblante distinto, un color en el pelo, un gesto en las mejillas, algo que le ocultara el perfil transmisor de esa chiquilla alegre que se perdió una tarde en la historia diaria de vivir tantos años.

¿Y si ella no era, la ella que buscaba? ¿Y si el que le informó se equivocó de sitio, dio un lugar muy distinto al que hacía su trabajo? ¿Y si al final bajaba otra mujer, no ella, otra que bien tuviera su nombre y su apellido pero que no ofreciese la risa que ella tuvo, ni los ojos alegres, siempre un poco entornados cuando a él le llamaba, ni ese gesto expansivo, ni el vibrante sentir de movimiento claro? ¿Y si era ella, la ella de sus sueños, pero tras tantos años aparecía ajada, hundida o con semblante de haber cambiado mucho, de pregonar los años que fueron tan distantes, y que a veces ocultan facciones y sonrisas, sumiendo a tantos otros en casi inconocibles?

Ella no tardaría, tendría que bajar, al menos con los últimos que en esa torrencera de humana sensación que llegaba hasta él y que le hacía dudar, sin poder distinguir los rostros agrupados como en esos recuerdos de los fines de actos, en que en la escalinata se fotografía el grupo, pero en esta ocasión también con movimiento, como las olas móviles de un mar siempre en descenso que llegaba hasta él, fundiéndose en el mármol del zaguán y los porches, camino de la calle o patios colindantes.

Ella llegó hasta él sonriendo, alegre, preguntando “¿qué haces? ¿qué haces aquí tú? ¿dime, dime que haces?”, mientras que le besaba, mejillas con mejillas, y repetía urgente “¿pero dime a quién buscas?”, con esa desazón con que siempre tomaba las cosas de su agrado. Él dijo, sólo: “A ti.” Y acabó la catarsis.

(Fragmento inicial de *El silencio de Laura*, de 2003)

* * *

Ayer cumplí ochenta y nueve años. Tengo la misma edad que Chavela Vargas. Nacimos en 1919 y jamás nos hemos visto. Nunca me atrajo como mujer, ni como símbolo, pero escucho su voz con insistencia y canto “Llorona”, quizás, más veces que ella. Para mí, ya es un rito. Hay frases que me estremecen cada vez que las pronuncio, pese a la insistencia. Dos besos llevo en el alma, llorona, que no se apartan de mí. El último de mi madre, llorona, y el primero que te di. Y así, con frecuencia. Y más a la tarde, cuando veo morir las luces y Fabián corre las cortinas para propiciar el íntimo recogimiento que sabe me gusta, antes de anunciar la mesa servida para las nueve, tras escanciarme un oloroso en catavinos alto y solemne como tengo por costumbre degustar en cada velada, mientras veo y escucho las noticias del mediodía, refritas para esa hora por todas las cadenas, como si jamás aconteciesen temas de interés por la tarde. Luego tomo un plato de pescado, generalmente a la sal, y un helado de crema tostada que me sirvo como postre, a veces abundante, pequeño abuso gastronómico que me concedo, dejando patente, una vez más, mi glotonería manifiesta, lo que me hace decir que desconfío de aquellos que no les gusta el dulce. Entonces leo, hasta que ya pasadas las doce me vence el sueño y pongo el marca páginas, dejando el libro sobre la mesilla de noche, mientras a tientas aprieto el interruptor de la luz y me sumerjo en las tinieblas de los sueños, pensando que ha muerto otro día, que aún estoy aquí, y que deseo ver amanecer mañana.

(Fragmento inicial de *Ayer cumplí 89 años*, de 2009)

Tres ciudades literarias en Arcadio Ortega: Granada, Madrid, Sevilla

UN MINUTO POR GRANADA

Un minuto, sólo un minuto para Granada, por la sola soledad de Granada. Y Granada, bella y sencilla siempre, intemporal, permanente, casi dormida, medio dormida, dormitando a la sombra de los magnolios en flor.

Y ese, que podría ser su pecado, es, precisamente, uno de sus mayores encantos, crecido en los días silentes de la primavera, de esta primavera de frío mañanero y calor de recacha en el epicentro del mediodía, que extasía al viandante al contemplarla tendida al sol a lo largo de su perímetro, extendida sobre el verde tapiz de la Vega con voluptuosidad de diosa, de diosa pagana, cristianizada y musulmana, ibérica y romana, con los genes tartésicos, y su cuerpo abandonado en la ladera, con la faz sobre la tibia almohada de la Sabica, mientras segura reflexiona, sorprendida, en la mediocre actuación de tanto mediano como componemos el escudo de responsables de ella, que somos, ni más ni menos, todos los que habitamos las células de su cuerpo, cruzamos sus arterias de enmohecida herrumbre, interceptamos los cruces de sus avenidas, dejamos sucia, marchitada, la estela de su cuerpo, enmarañadas sus crenchas y, oh, sangrante osadía, intentamos violentarla con nuestros adefesios urbanísticos, desprestigiarla con nuestra abúlica proyección, permitiendo la marginación entre sus iguales, como una cenicienta perseguida y huraña.

Granada es, algo más que una ciudad dormida; es la bella del bosque, que aún espera el laborioso beso de sus hijos.

(De *Granada a cinco voces*, 1999)

86

[MADRID]

Todo alcanzó tiniebla a la mañana: un vocear periódicos, casas de huéspedes, taxis, bocadillos. El enorme reloj, destacado en el pretendido forjado, indicaba la hora de la prisa, la desazón de los hombres-hormiga, el desgajar del sueño, la constancia. No pudo retener el paso y la zozobra, hacerse isla en medio de los vientos, decantarse sublime sobre la masa humana, no dejarse llevar, ser él pese a tanto contraste. Asió el equipaje y se encontró con prisa mediado por la gente, saliendo al aire -no fresco, entumecido, con olores a gases-, cansado, como dormido ahora, con cláxones violentos, descentrado, pendiente de la luz de los semáforos, a pique de gritar. Se fue yendo hacia arriba, calle Atocha, Madrid de otros tiempos, sumido en el sentir de una noche de insomnio, precipitado a una ciudad total sin apenas apego. Tenía tan sin luz el pensamiento, tan vacía la esperanza, tan sin paz...; se insertaba a un punto no olvidado, a una tribulación de seres y vehículos, de suciedad en bordillos y portales, de perros mal criados. Bajo las suelas apreciaba ofensivo el asfalto, las aceras anegadas por hombres que corrían, por porteros grises empeñados en barrer. Por fin alzó la vista: tantos cruces y plazas, tanta penumbra en los barrios antiguos, adivinando en la tercera planta la última pensión que podría acogerle. Seis tramos: desgastadas maderas, mamperlanes decrepitos, pasamanos ausentes; tras la puerta, una mujer madura con gesto soriano. Pasillos y pasillos; al fin, ya circundada la placenta de la edificación, puerta blanca que anunciaba retrete; junto a ella, la habitación con ventanuco al aire. Oh, milagro total para su soledad.

(De *El retorno de las rosas*, 2002)

[SEVILLA]

Rielaban las luces de las casas, las farolas altivas de los puentes, débilmente la luna sobre el agua tranquila de ese río que en marcha cadenciosa, silente y gris negruzca, le baña impertertable los brazos a Triana y también a Sevilla, en ese caminar camino de la mar tan sur y conocido, tan buscado y cantado, cuando asaltó el recuerdo la copla ya olvidada: *Qué bonita está Triana, cuando le ponen al puente bandera republicana*, mientras les apercibía la vibración continua que se produce al cruce de incesantes vehículos, mientras ellos asían el sueño a la baranda, viendo cruzar piraguas en alarde de músculo, de belleza y pericia, y un barco de recreo subía hasta Chapina ondeando su estampa al juego de reflejos.

(De *El silencio de Laura*, 2003)

Para terminar: de la existencia en prosa y verso

LA EXISTENCIA

Tengo la inquietud de saber por qué existo. Me lo pregunto cada día en el triste rosario de mis noches de espera. ¿Hay algo más urgente que saber el porqué? No sé si existir es respirar tan sólo; o mirar con sonrojo esas cosas transidas que siempre se marchitan: enredadera, hierbaluisa, llanto; o resistir el viento cuando la brisa encabrita sus crines. No sé. Tengo en el alma vivencias sazonadas que reclaman respuestas, que esperan ávidas la hora de su encuentro.

Existir es un verbo que mal define el diccionario. Existir es el verbo. Inefable y sutil verbo de siempre, amado verbo que tanto me entenebra, que busco alrededor en inútil plegaria. Existir es un verbo perpetrado en gerundio. Lo demás, veladuras de fuerzas inconcretas, ciimientos que nacen y porfían desde la nada como crecen al viento las esperas, como yo estoy esperando que tú llegues cuando nazca el otoño, cuando te me regreses para ocupar el hueco de mi hombro.

Estar es un concepto; ser, una filosofía. Existir es distinto. No estoy seguro, pero sé que de noche es más fácil comprender su secreto, su eterno y flexible talante, su ancestral devenir, su sinrazón querida, soñada y esperada.

El pensamiento es una mole de piedra y algodón; el corazón una quimera con forma de manzana; el alma no lo sé. Existir, tal vez, ¿mezcla, engendro de pensamiento, inquietud y desazón?

Así debatía su luz, apoyado a la mesa metálica, oxidada, que flanqueaba el quiosco asomado al estanque del Retiro, donde alegres colegialas blandían sus remos como espadas, intentando un furtivo abordaje a las otras compañeras de clase, mientras dos monjas de perfil gaviota en ademán de vuelo, observaban ansiosas el juego que pudiera arrojar por las bordas a la improvisada tripulación marinera, con la segura y presentida pulmonía colectiva.

Un soldado de porte no marcial, intentaba prender en el pelo de su amada una vergonzosa margarita que perdía sus pétalos al juego inexperto de los dedos, mientras ella acercaba la mejilla, inclinada y rosácea, facilitando la pretendida oferta floral que acabaría, quién sabe, deshojada en el primer abrazo que iniciara la segura ardiente despedida.

El guarda forestal, apoyado al pretil del esquinazo, donde la balaustrada se remata en ánfora neoclásica impidiendo la entrada y el paseo, oteaba sus presas, que eran las transgresoras de la moral en sus formas más tempranas de amor, el beso, mientras que en el follaje se perdían parejas que asidas de cintura, recordaban lo hermosa que fue la primavera, que el verano, también, urgente en su esplendor, ofrecía su premura, y que el otoño aguardaba su secreto de amor, que tal vez ofrecería el invierno.

Miró al cielo y comprendió que la tarde se despedía en tules que iban superponiendo sus gasas verdiazules, cada vez más oscuras. Vio en derredor que el bosque circundante del estanque adquiriría los verdinegros grises de arbustos en penumbra. Allí, sobre las aguas, débiles barquillas trasportaban las risas de las tantas chiquillas que a poco de unos años se tornarían en madres. Sobre todo horizonte la esfinge del gendarme. Y él, escribiendo inquietudes que resultaban fútiles ante tanto sentido de la vida sencilla, por supuesto, la auténtica.

Fue entonces cuando arrancó la hoja y conformó un barquito que naufragó enseguida, tal vez por el peso de tanta vacuidad existencial. Luego se sonrió instintivo y concluyó la tarde tomándose una sidra con queso de cabrales.

(De *El retorno de las rosas*, 2002)

LA EXISTENCIA

La existencia es el hueco del silencio
entre bloques de espacios sucesivos,
o el espacio de luz no comprendida
entre zonas de torres de silencio,
tal vez,
tan sólo bosque
de silencios, de luces y de espacios
perdidos, tangenciales, expansivos,
o esos tantos recuerdos que se nutren
de quimeras, de cantos, de eufemismos,
acaso de esperanzas controladas
o de sueños furtivos.

Por eso,
-y porque dudo-
tengo claro el espacio y el silencio
y este bosque de sombras donde existo.

(De *La hora del té*, de 2008)

La Mucama

Obra de teatro en un acto

DECORADO: Amplio salón rico en muebles vanguardistas, con gran ventanal al fondo donde se divisan césped y árboles frondosos. En primer plano sofá de cuatro plazas tapizado en piel blanca, con cojines de colores vivos, mesa baja de cristal con pitillera y encendedor ostentoso, álbum de fotos abiertos y güisqui mediado; y un florero alto, con tallos verdes y flores rojas chillonas, junto al brazo opuesto al lugar de paso para el jardín, desde donde se hace la interpretación.

Vestuario: Traje blanco, corto, con cremallera delantera que no acaba de cerrar hasta abajo, y sin mangas. Amplio escote.

Peluquería: Pelo rubio, largo, abundoso y ensortijado, muy suelto.

Personaje: Mujer de 45 años desenvuelta, pizpireta, desahogada, con acento caribeño y muy expresiva en los gestos que acompaña con los brazos.

Actriz: Él venía muy cansado, de jugar al tenis, o al padel, y bebía un güisqui grande, enorme, con los oros muy duros; entonces la mulata le calmaba suave, suave, muy suave, a base de masaje después de bien duchado, tendido y sin reparo, mucha crema, y aceites, hasta que al fin, tan solo con los labios, le felaba el miembro hasta que rebosaba espeso y consecuente, una delicia.

Entonces se dormía un rato, en desparramo, y yo, pasada una hora, le despertaba con zumo de pomelo, y notaba su hombría creciendo y exigiendo que ya le fornicase, y me subía despacio, besándole en los hombros, y a bruscas horcajadas recorría su espacio, hasta que me vencía, se arqueaba en mi cuerpo, subido y en tensiones, hasta que se eclipsaba con la risa de niño satisfecho y travieso que siempre recordaba de las pajas primeras que yo siempre le hice, hora de despedida, al salir del colegio.

Luego ya descansaba y hablaba de sus cosas, las del ejecutivo con rienda en los negocios. Y así hasta otro jueves, los jueves de deporte.

Pero un día inocente fecundó a la mucama y ahora ella, la malvada, se apresura a reclamar el hijo que yo no quise darle.

Le perdono el hijo, las felaciones todas, los masajes continuos con la mulata hermosa a pique de desnudo, que se ponía de afeites y polvos por las ingles como la novia blanca de Copito de nieve, un dechado de encubridora astucia, pero para el fornicio reclamo mi vagina, porque tengo derecho al riego de su semen y a ver cómo se arquea y se vence y me ama.

¿Qué clase de hombre es este, que jode con cualquiera? Ahora dice que tenemos que hablar largo y tendido, cosas. Yo creo que solo esto lo salva hacerme el cunnilingus; y apresura a decir que eso a él no le gusta, que lo haga la chica y después él me monta.

Qué falta de respeto, meter a la criada en nuestro trance, sin que tenga, al menos, bachiller; o ser de raza blanca. Una locura.

(Inédito)

Semblanzas

Arcadio Ortega, a pie de obra

«A pie de obra», que es algo así como «al pie del cañón», pero sin tintes bélicos. A pie de obra literaria, sobre todo, que ahí están sus doce libros de poesía y sus ocho de narrativa, amén de sus otros escritos y colaboraciones en revistas y diarios. Y, extraliterariamente, estando donde hay que estar y cuando hay que estar. Donde se necesite su entusiasmo y su empuje. Conjugando sus trabajos profesionales con su entrega a la literatura. Y, en lo que a mí respecta, siempre en el centro justo de la amistad, habitante como el que más de lo que he dado en llamar «Las cercanías del corazón».

Si no ando mal de memoria, que sí ando mal, fue entre los años 1954 y 1955 cuando nuestra juventud, entre reprimida y voluntariosa, organizaba aquellos guateques en el piso de la calle Mesones, donde el padre de Rafael Amigo, mi gran amigo y futuro concañado, tenía su oficina de agente comercial. Existía una sutil diferencia entre los que presumíamos de mayores por tener unos años más y «los niños»; así les llamábamos. Entre estos «niños» se encontraba el hoy Excmo. Sr. don Arcadio Ortega Muñoz, Presidente de la Academia de Buenas Letras de Granada, y otros personajes ilustres, como don Manuel Roca Roca, durante tantos años jefe del Hospital de Traumatología de la Seguridad Social, y que, a consecuencia de aquellos guateques y devaneos, se encuentra desde entonces felizmente casado con la hermana menor de Antonio Luís, del grupo de los mayores.

¡Ah, los guateques!, refugio de aquella destartalada juventud de caricias furtivas, pasodobles, boleros «agarraos» y vino blanco con gaseosa. ¡Ah, las primeras escaramuzas amorosas!, siempre con la inconsciente conciencia –valga la paradoja– de que la elección de pareja sería para toda la vida.

Lejos me he remontado, cuando de lo que quería dejar constancia era de la solidez, del buen hacer y el merecido prestigio de la obra literaria de uno de nuestros escritores punteros, en esta Granada tan fecunda en narradores y poetas, disciplinas ambas que cultiva Arcadio Ortega con tesón. Estilo directo y sugerente en sus novelas y relatos, que van desde *Evasión de capital*, en 1979, hasta *El testamento*, en 2007. Riqueza de lenguaje y de imaginación en su poesía, desde aquel *Existir es el verbo*, de 1970, toma de conciencia de su entrega definitiva a la palabra, hasta *Ocaso en Granada*, del año 2000, pleno de emoción y de sosegada nostalgia [...] Su bonhomía, patriarcal ya, de barba rala, casi blanca; su capa española para el frío de los inviernos granadinos; su mirada franca y escrutadora; su morosa conversación en los encuentros callejeros; su búsqueda constante del ángulo humorístico del más nimio de los acontecimientos –y del menos nimio–; su palabra franca y su generosa amistad, me vienen acompañando más que nunca en estos últimos años; que espero no sean los últimos.”

Rafael Guillén

(*Las cercanías del corazón*, Granada, Alhulia, 2008, col. Mirto Academia)

Arcadio Ortega

Es persona inteligente, perspicaz y expeditiva. Hombre ilustrado sin alharacas, culto sin afectación ni demostración ostentosa. Arcadio Ortega, Medalla de Oro al Mérito por la Ciudad de Granada, sabe de versos tanto o más que los más diestros mentores de poesía, y sabe de economía tanto o más que los avezados expertos en finanzas y cuentas.

Pero él, que es espíritu reflexivo, se tiene por poeta, aunque sin ringorrango, ni adorno extravagante, ni artificio de los ademanes y los gestos. Sabe Arcadio Ortega que, para ser un buen poeta, para hacer literatura, no es preciso el adorno superfluo, ni el rasgo de pluma exagerado e inútil. Y sabe, acaso, que la poesía de nuestro tiempo es más de escaparate que de biblioteca, y que éstos son años difíciles para la escritura, y que, al socaire de los versos, hay mucha letra menuda, mucho enredo y mucha política.

Por eso, tal vez. sus poemas, cobijados en un cierto extremo de la desesperanza –a menudo cercanos al espíritu del *il faut tenter de vivre* (‘hay que intentar vivir’), de Paul Valéry– declinan el aspaviento, huyen de la prestidigitación y del ilusionismo, y se nos muestran espontáneos y a menudo indóciles aun en el rango de la poesía erótica, en que el poeta granadino muestra un singular registro.

En su personalidad de hombre lúcido y cauteloso, en su temperamento espontáneo y de genio franco, incluso en su habilísima retranca, Arcadio Ortega alberga alma de poeta. Y eso se deja ver, inevitablemente, en su obra polifacética. Ha publicado más de treinta libros –de poesía, de novela, de ensayo– y ha sido presidente de la Academia de Buenas Letras desde su fundación en 2002 hasta finales de 2008. Durante su mandato –ahora es presidente de honor de esa institución que alberga a escritores y poetas– ha conseguido que la corporación granadina de escritores funcione a la manera espartana, como un reloj, durante sus años de gobierno, convencido como está de que en los cargos de gestión es preciso que haya personas eficaces, que pongan cada cosa en su sitio, y que cuadren las cuentas. Lástima que este literato venido del mundo de la economía no sea afecto a la política, pues la ciudad, la comunidad, y el país, necesitan de hombres de honor que como él hagan gala de esa concluyente claridad de ideas, y de convicción y diligencia para ejecutarlas.

Inventor de aforismos y letanías, incansable orador, incorregible satírico –de él son frases célebres adoptadas ya por un común de granadinos: “Nosotros de América sólo trajimos la fila india” o “El problema de España no es por causa de los parados, es por causa de los quietos”–, Arcadio Ortega es, sin embargo, autor de los versos más próximos al desencanto:

Me he equivocado, Dios,/ ya no me queda/ ni tiempo para oír a tus jilgueros.

Juan Vellido

(*Ideal*, Granada, 31 de enero de 2009)

Arcadio Ortega

Tiene merecido el homenaje que se rinde ahora a este autor granadino en *Extramuros*, dedicándole un buen número de páginas para difundir principalmente su obra literaria, la que, junto a su bonhomía, justifica el reconocimiento de esta gran persona, que ha pasado de ser Presidente de la Academia de Buenas Letras de Granada a Presidente de Honor de la Entidad. La huella que ha dejado en la Academia marca una forma de actuar, dentro del mejor orden y cumplimiento, con rigor, de las normas que rigen la Institución.

Poeta, que expresa con sensibilidad su paso por la vida, dominando la palabra, la melodía de un verso fuerte y hondo, que nos llega a todos.

Su obra narrativa, con una prosa de gran calidad, nos demuestra la carga de conocimientos de los personajes de sus novelas, con una honda expresión de los sentimientos de los mismos.

Amigo de sus amigos, pasea con su capa por la Ciudad, que le quiere y le honra, como se justifica en estas páginas de la revista.

Rafael Rodríguez Almodóvar

Un ejecutivo en la Academia

La historia de la literatura universal está llena de ejemplos de escritores que se han ganado la vida dignamente en trabajos muy poco o nada relacionados con ella. Dentro de este grupo, me han llamado siempre la atención tres grandes nombres: Franz Kafka, James Joyce y T. S. Eliot. Franz Kafka fue hasta su muerte empleado en Praga del Instituto de seguros para Accidentes de los trabajadores del Reino de Bohemia. James Joyce, profesor de inglés en colegios privados de Italia y Francia, y no precisamente muy bien pagado, y T. S. Eliot, antes de dirigir la editorial Faber & Faber, cajero en el banco Lloyds de Londres. En nuestro país –y para dar un ejemplo cercano a nosotros–, el recientemente fallecido y finísimo poeta y prosista, José Antonio Muñoz Rojas, estuvo 28 años al frente de la Sociedad de estudios y publicaciones del banco Urquijo de Madrid.

Hay también casos –los menos– que se han ganado y se ganan la vida exclusivamente con los derechos de autor, sin que esta circunstancia haya afectado a la calidad de su obra ni a su independencia ideológica, como sí ha ocurrido a tantos nombres que están en la mente de todos. Sin embargo, la historia de la literatura española de finales del siglo XIX y principios del XX está llena de otros muchos que vivieron y murieron en la más absoluta de las miserias. No hay más que repasar la extraordinaria obra de Rafael Cansinos-Asséns, *La novela de un literato*, para darnos cuenta de a los niveles de pobreza y marginación social que llegaron, a pesar de la indudable calidad de un buen número de ellos.

Arcadio Ortega Muñoz ha trabajado toda su vida como director de diferentes sucursales bancarias y se ha jubilado, después de dirigir, durante más de trece años, la Fundación Escuela de Negocios de Andalucía. A pesar de estos trabajos tan absorbentes, le ha dado tiempo de crear una extensa obra en prosa y en verso que alguna voz más autorizada que la mía estudiará en estas mismas páginas. Pero lo que hoy quiero resaltar es su valiosa contribución a la creación y puesta en marcha de la Academia de Buenas Letras de Granada y el tesón que, desde el primer momento, puso para sortear las innumerables dificultades y los obstáculos burocráticos que, como salteadores de caminos, salen al encuentro de todo aquel que, en nuestro país, intenta poner en marcha un proyecto de esta índole. Durante un largo período de tiempo ha sido el primer director de esta noble institución, y ha realizado su trabajo con esmero, entusiasmo, rigor y pulso firme. Por todo ello, mi agradecimiento y felicitación.

Enrique Martín Pardo

Arcadio Ortega Muñoz

Y Ya en cuna llamaron Poeta,
que Arcadio tiene de onomástico;
pastor de una arcadia secreta
en musas que cantan sin descanso.

Se apellida primero Ortega;
linaje en virtud acrisolado
pues del padre todo se hereda:
bondad, honradez y trabajo.

Muñoz, como materna enseña,
añade a su nombre, cerrándolo.
Ternura y clara inteligencia
de su madre recibiera el legado.

Ése es su nombre
y éste es el hombre del que os hablo:

Donosa imagen que pasea
—su Granada en versos soñando—,
por un tiempo ya sin fronteras,
la gloria del varón preclaro.

Se apellida, primero Ortega.
Tiene de onomástico Arcadio.
Por madre el Muñoz recibiera...

Es Arcadio Ortega Muñoz:
¡Paso!...

Rafael Delgado Calvo-Flores

Homenaje

Y Arcadio Ortega, insigne granadino,
hijo del barrio de La Magdalena.
Caballero cabal, galán de avena
que persigues el ánfora y el trino.

*Yo te saludo desde mi destino
montaraz de tomillo y azucena,
para incrustar tu risa con mi pena
en una taracea de alba y vino.*

*Que los dioses te honren, riguroso
pero también locuaz, pues que la vida
es un silbo, si breve, deleitoso.*

*Fluyan tus versos de cristal torrente,
y asumas la erosión que nos anida
tanto en el corazón como en la frente.*

Enrique Morón

Y Ni la calle de Sierpes en Sevilla
ni la calle Mesones en Granada
desmentirme podrán en casi nada
cuando afirme –y la fama lo apostilla–

*que el poeta andaluz que en sí agavilla
con bondad: elegancia acrisolada,
señorío de capa sin espada
y medida romana a maravilla,*

*es don Arcadio Ortega a quien las musas
concedieron sus bienes ora en prosa
ora en verso, y a quien Fortuna premia.*

*Unamos nuestras rimas sin excusas;
brindemos en su honor con voz gozosa
ya que él guarda el honor de la Academia.*

Fernando de Villena

Cronología de Arcadio Ortega

- 1938: Nace en Granada, en la calle del Águila nº 17, barrio de la Magdalena, el 28 de agosto, único hijo del matrimonio formado por Arcadio Ortega Ruiz y Josefa Muñoz Rivas.
- 1952-1961: Estudios en la Escuela Profesional de Comercio de Granada (Peritaje y Profesorado) y en la Escuela Social de Granada.
- 1957-1961: Forma parte de los consejos de redacción de las revistas *Actualidad Universitaria*, *Hermes*, *Antorcha* y *Justicia Social* y dirige la revista radiofónica *Gaudeamus*.
- 1961-1965: Establece su domicilio en Madrid por razones de trabajo (Banco Ibérico).
- 1963-1965: Estudios de Sociología en el Instituto Balmes del CSIC. Madrid.
- 1964: Se casa con María Gloria Reinoso Ceballos, con quien tiene cinco hijos: Gloria (1965), María José (1966), Arcadio (1968), Pablo (1971) y Carlos (1979).
- 1964-1965: Colabora con *Signo*, semanario de Madrid, en las páginas de cine y teatro junto con José Luis Garcí.
- 1966-1969: Establece su domicilio en Zaragoza por razones de trabajo (Banco Ibérico).
- 1969: Se traslada a Sevilla también por razones profesionales (Bankunión), donde va a desarrollar una intensa labor literaria.
- 1970: Publica *Existir es el verbo*, su primer libro de poesía, en Sevilla, incorporado al grupo Ángaro.
- 1972: Crea junto a los poetas José Luis Núñez y Roberto Padrón la editorial y colección poética *Aldebarán*. Ese mismo año aparece su segundo libro de poesía *Casta de soledad*.
- 1974: El original de su libro poético *Cuando la mar se vuelve fría* recibe el Premio "Virgen del Carmen" de la Presidencia del Gobierno. Da a la luz un nuevo libro de poesía, *Ángeles sin sexo*. A partir de ese año publica artículos en el diario *Informaciones de Andalucía* con regularidad.
- 1975: Aparece publicado su libro premiado *Cuando la mar se vuelve fría*.
- 1976: Regresa a Granada por razones de trabajo (Banco Industrial del Mediterráneo).
- 1978: Publica los poemarios *Los bordes de la nada* y *Biografía de la luz en Granada*. Ese mismo año el original de *Viento del Sur* recibe el Premio "Almería" de Novela de la Caja de Ahorros de Almería.
- 1979: Aparece en Sevilla su libro de poesía *Notas para un libro de ausencia* y en sendas editoriales de Barcelona las novelas *Evasión de capital* y *Viento del Sur*.
- 1981: El original del libro de poesía *A nuestros poetas muertos* recibe el premio García Lorca de la Universidad de Granada.
- 1982: La colección Zumaya de la Universidad de Granada edita *A nuestros poetas muertos*.
- 1988-1990: Ejerce su profesión en Caja Rural de Granada.
- 1990: Desde ese año y hasta el 2004 mantiene una colaboración periodística regular en los diarios *Ideal* y *Córdoba*, y en la revista *Andalucía Económica*.
- 1991: Aparece editado el poemario *El fondo del espejo*
- 1992-2004: Es nombrado director de la Fundación Escuela de Negocios de Andalucía.
- 1993: Publica la novela *Candidato Independiente*.
- 1997: Da a la luz el libro de poesía *Granada: Crónica de un desguace*.
- 1998: La novela *El Hijo del Presidente* es publicada.
- 1999: Ve la luz una colección de relatos y narraciones breves bajo el título de *Café suizo* y el libro *Granada a cinco voces*, recopilación de textos sobre temas locales.
- 2000: Edita el poemario *Ocaso en Granada*.
- 2001: Publica la novela *Los juguetes del yuppi*.
- 2002: Con fecha de 20 de febrero la Consejería de Educación y Ciencia de la Junta de Andalucía lo nombra, a propuesta de la Comisión Gestora, académico de la Academia de Buenas Letras de Granada, de la que el 29 de abril es elegido primer Presidente. En dicha Academia, el día 21 de octubre, leerá su discurso de ingreso titulado *La Academia de Buenas Letras de Granada en el mundo de las Academias*, discurso contestado por Eduardo Roca Roca, Presidente del Instituto de Academias y Reales Academias de Andalucía. Ese mismo año aparece publicada su novela *El retorno de las rosas*.
- 2003: Las editoriales granadinas Dauro y Alhulia publican, respectivamente, la novela *El silencio de Laura y Andaluces con paisaje*, un conjunto de 46 relatos basados en personajes históricos de diversas épocas.
- 2004: La editorial Alhulia publica *Áncora del tiempo (Poesía, 1970-2000)*, volumen que es adelanto de unas poesías completas hasta ese momento.
- 2005: Con la publicación del libro de poesía *Existir en las horas* se inaugura la colección Mirto Academia que, promovida por la Academia de Buenas Letras de Granada, edita la Editorial Alhulia.
- 2007: El libro de poesía *La hora del té* es publicado en la colección Mirto Academia y la novela *El testamento* ve la luz en la cordobesa editorial Almuzara.
- 2008: El 6 de octubre lee su discurso de recepción como Académico Supernumerario de la Academia de Buenas Letras de Granada titulado *Intrahistoria de la Academia de Buenas Letras de Granada en su primer sexenio* y el 27 de octubre dicha Academia lo nombra Presidente de Honor.
- 2009: Recibe la Medalla de Oro al Mérito por la Ciudad de Granada otorgada por el Ayuntamiento de la Ciudad. Ese mismo año publica la novela *Ayer cumplí 89 años*.

Bibliografía esencial de Arcadio Ortega

Poesía

Existir es el verbo, Sevilla, Ángaro, 1970; *Casta de soledad*, Sevilla, Aldebarán, 1972; *Ángeles sin sexo*, Sevilla, Aldebarán, 1974; *Cuando la mar se vuelve fría*, Sevilla, Ángaro, 1975; *Los bordes de la nada*, Sevilla, Aldebarán, 1978; *Biografía de la luz en Granada*, Granada, Banco Industrial del Mediterráneo, 1978; *Notas para un libro de ausencia*, Sevilla, Aldebarán, 1979; *A nuestros muertos*, Granada, Universidad de Granada, 1982; *El fondo del espejo*, Sevilla, Ángaro, 1991; *Alpujarra. Fuente de luz*, Sevilla, Surcos de Luz, 1991; *Granada: crónica de un desguace*, Granada, Ediciones Miguel Sánchez, 1997; *Ocaso en Granada*, Granada, Extramuros, 2000; *Áncora del tiempo tiempo (Poesía, 1970-2000)*, Salobreña, Alhulia, 2004; *Existir en las horas*, Salobreña, Alhulia, 2005, col. Mirto Academia; *La hora del té*, Salobreña, Alhulia, 2007, col. Mirto Academia; *Amor, amante, amada*, Granada, Fundación, Emasagra, 2008; *Intimidad del agua*, Granada, Fundación Emasagra, 2009.

Narración

Evasión de capital, Barcelona, Ultramar Editores, 1979; *Viento del sur*, Barcelona, Pareja Editor, 1979; *Candidato independiente*, Granada, Ediciones Albaida, 1993; *El hijo del presidente*, Granada, Ediciones Osuna, 1998; *Café Suizo*, Granada, Ediciones Osuna, 1999; *Los juguetes del yuppi*, Granada, Ediciones Osuna, 2001; *El retorno de las rosas*, Salobreña, Alhulia, 2002; *El silencio de Laura*, Granada, Dauro, 2003; *El Testamento*, Córdoba, Almuzara, 2007; *Ayer cumplí 89 años*, Granada, Ayuntamiento de Granada, 2009, col. Granada Literaria.

Ensayo y otros escritos

Granada a cinco voces, Granada, Ayuntamiento de Granada, 1999; *La Academia de Buenas Letras de Granada en el mundo de las Academias*, Granada, Academia de Buenas Letras de Granada, 2002; *Andaluces con paisaje*, Salobreña, Alhulia, 2003; *Intrahistoria de la Academia de Buenas Letras de Granada en su primer sexenio*, Granada, Academia de Buenas Letras de Granada, 2008.

Academia de Buenas  Letras de Granada

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

EXCMO. SR. D. ARCADIO ORTEGA MUÑOZ

EN LA INAUGURACIÓN DE LA ACADEMIA

Y

CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. D. EDUARDO ROCA ROCA

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO

DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

EL DÍA 21 DE OCTUBRE DE 2002

GRANADA

MMII